

Marx / Engels

El Manifiesto Comunista

Su actualidad

Eric Hobsbawm

Michael Löwy

Rossana Rossanda



Marx / Engels

El Manifiesto Comunista

Su actualidad

Eric Hobsbawm / Michael Löwy / Rossana Rossanda



Buenos Aires 2003

- Los trabajos de Eric Hobsbawm, Michael Lówy y Rossana Rossanda, son algunas de las ponencias del encuentro que se realizó en París, con motivo de la celebración del 150 Aniversario del Manifiesto Comunista.

(Publicadas en "Papeles de la FIM", N° 11 - 2ª Época del 2º semestre de 1998. España)

Diseño Gráfico del interior y tapa:
Ricardo Souza

I.S.B.N. N°: 987-9207-12-2

Tesis 11 Grupo Editor
Av. de Mayo 1370 - Piso 14 - Of. 355 (C.R. 1362)
Buenos Aires - Tel./Fax 4383-4777
e-mail: tesisl1@yahoo.com
Hecho el depósito que marca la ley 11723
Impreso en Argentina
Buenos Aires 2003

PREFACIO DE F. ENGELS A LA EDICIÓN ITALIANA DE 1893

La publicación del *Manifiesto del Partido Comunista* coincidió, puede decirse, con el día 18 de marzo de 1848, en que estallaban las revoluciones de Milán y de Berlín, dos revoluciones que eran el alzamiento de dos pueblos: uno que está en el corazón del continente europeo, y el otro, en las costas del Mar Mediterráneo; dos naciones que, debilitadas hasta ese momento por el desmembramiento territorial y por querellas intestinas, cayeron por eso bajo la dominación extranjera. Mientras Italia estaba sujeta al dominio del emperador de Austria, Alemania vivía, aunque de manera no tan directa, bajo el yugo no menos duro del zar de todas las Rusias. Los efectos del 18 de marzo de 1848 liberaron a Italia y a Alemania de esa ignominia; si después, durante el período que va de 1848 a 1871, estas dos grandes naciones permitieron que la vieja situación fuese restaurada, haciéndose hasta cierto punto traición a sí mismas, se debió (como dijo Carlos Marx), a que los mismos personajes que había derrotado la revolución de 1848 se convirtieron luego, a pesar suyo, en sus ejecutores testamentarios.

Esta revolución fue en todas partes obra de la clase obrera; fue la clase obrera la que levantó las barricadas y arriesgó su vida. Sólo los obreros de París, cuando derribaron el gobierno, tuvieron la intención explícita de derribar el dominio de la burguesía. Pero, aunque tuvieron una conciencia muy clara del antagonismo inevitable que se alzaba entre su propia clase y la burguesía, ni el desarrollo económico del país, ni el desarrollo espiritual de las masas obreras francesas habían alcanzado todavía el nivel que hiciera posible una transformación de la sociedad. Por eso, en última instancia, los frutos de la revolución fueron cosechados por la clase capitalista. En los otros países, en Italia, en Alemania, en Austria, los obreros no hicieron, en esencia, otra cosa que llevar a la burguesía al poder. Pero en ningún país es posible el dominio de la burguesía sin independencia nacional. La revolución de 1848 debió, así, traer consigo la unidad e independencia de aquellas naciones que hasta allí no habían disfrutado de ella: Italia, Alemania y Hungría. Polonia les seguirá a su tiempo.

Aunque la revolución de 1848 no era una revolución socialista, allanó, sin embargo, su camino y le preparó el terreno. Con el poderoso impulso que dio a la gran industria en todos los países, el régimen burgués ha creado, por todas partes, durante los últimos cuarenta y cinco años, un numeroso, compacto y potente proletariado; de esta manera engendró, para emplear una expresión del *Manifiesto*, a sus propios sepultureros.

Sin el restablecimiento de la independencia y la unidad de cada nación, no habría podido llevarse a cabo la unificación internacional del proletariado

ni la cooperación serena y comprensiva de estas naciones para el logro de objetivos comunes. ¡Inténtese imaginar solamente una acción internacional común entre los obreros italianos, húngaros, alemanes, polacos, rusos, bajo las condiciones políticas de la época del 48!

De ésta manera no resultaron vanas las batallas del año 1848; ni han sido vividos en balde tampoco los 45 años que nos separan de aquella etapa revolucionaria. Los frutos están madurando, y todo lo que deseo es que la publicación de esta traducción italiana sea un buen augurio del triunfo del proletariado italiano, así como la publicación del texto primitivo lo fue de la revolución internacional.

El *Manifiesto* hace plena justicia al papel revolucionario que el capitalismo desempeñó en el pasado. La primera nación capitalista fue Italia. El caso del medioevo feudal y la aurora de la moderna era capitalista están señalados por una figura grandiosa: es un italiano, Dante, al mismo tiempo del último poeta de la Edad Media y el primer poeta de la época moderna. Hoy, como en 1300, se inicia una nueva era histórica. ¿Nos obsequiará Italia al nuevo Dante que anuncie la hora del nacimiento de ésta nueva era, la era proletaria?

FEDERICO ENGELS

Londres, 1 de febrero de 1893

Publicado en el libro: Carlos Marx e
Federico Engels *II Manifestó del
Partito Comunista*. Milano, 1893.

Se publica de acuerdo con el original.

MANIFIESTO DEL PARTIDO COMUNISTA

Un fantasma recorre Europa: el fantasma del comunismo. Todas las fuerzas de la vieja Europa se han unido en santa cruzada para acosar a ese fantasma: el Papa y el zar, Metternich y Guizot, los radicales franceses y los polizontes alemanes.

¿Qué partido de oposición no ha sido motejado de comunista por sus adversarios en el poder? ¿Qué partido de oposición, a su vez, no ha lanzado, tanto a los representantes de la oposición, más avanzados, como a sus enemigos reaccionarios, el epíteto zahiriente de comunista?

De este hecho resulta una doble enseñanza:

Que el comunismo está ya reconocido como una fuerza por todas las potencias de Europa.

Que ya es hora de que los comunistas expongan a la faz del mundo entero sus conceptos, sus fines y sus tendencias, que opongan a la leyenda del fantasma del comunismo un manifiesto del propio partido.

Con este fin, comunistas de las más diversas nacionalidades se han reunido en Londres y han redactado el siguiente *Manifiesto*, que será publicado en inglés, francés, alemán, italiano, flamenco y danés.

I

BURGUESES Y PROLETARIOS*

La historia de todas las sociedades hasta nuestros días** es la historia de las luchas de clases.

Hombres libres y esclavos, patricios y plebeyos, señores y siervos, maes-

* Por burguesía se comprende a la clase de los capitalistas modernos, que son los propietarios de los medios de producción social y emplean trabajo asalariado. Por proletarios se comprende a la clase de los trabajadores asalariado modernos, que, privados de medios de producción propios, se ven obligados a vender su fuerza de trabajo para poder existir. (*Nota de F. Engels a la edición inglesa de 1888.*)

** Es decir, la historia *escrita*. En 1847, la historia de la organización social que precedió a toda la historia escrita, la prehistoria, era casi desconocida. Posteriormente, Haxthausen ha descubierto en Rusia la propiedad comunal de la tierra; Maurer ha demostrado que ésta fue la base social de la que partieron históricamente todas las tribus germanas, y se ha ido descubriendo poco a poco que la comunidad rural, con la posesión colectiva de la tierra, ha sido la forma primitiva de la sociedad, desde la India hasta Irlanda. La organización interna de esa sociedad comunista primitiva ha sido puesta en claro, en lo que tiene de típico, con el culminante descubrimiento hecho por Morgan de la verdadera naturaleza de la *gens* y de su lugar en la *tribu*. Con la desintegración de estas comunidades primitivas comenzó la diferenciación de la sociedad en clases

! tros* y oficiales, en una palabra: opresores y oprimidos se enfrentaron siempre, mantuvieron una lucha constante, velada unas veces y otras franca y abierta; lucha que terminó siempre con la transformación revolucionaria de toda la sociedad o el hundimiento de las clases en pugna.

> En las anteriores épocas históricas encontramos casi por todas 'partes una completa diferenciación de la sociedad en diversos estamentos, una múltiple escala gradual de condiciones sociales. En la antigua Roma hallamos patricios, caballeros, plebeyos y esclavos; en la Edad Media, señores feudales, vasallos, maestros, oficiales y siervos, y, además, en casi todas estas clases todavía encontramos gradaciones especiales.

La moderna sociedad burguesa, que ha salido de entre las ruinas de la sociedad feudal, no ha abolido las contradicciones de clase. Únicamente ha sustituido las viejas clases, las viejas condiciones de opresión, las viejas formas de lucha por otras nuevas.

Nuestra época, la época de la burguesía, se distingue, sin embargo, por haber simplificado las contradicciones de clase. Toda la sociedad va dividiéndose, cada vez más, en dos grandes campos enemigos, en dos grandes clases, que se enfrentan directamente; la burguesía y el proletariado.

De los siervos de la Edad Media surgieron los vecinos libres de las primeras ciudades; de este estamento urbano salieron los primeros elementos de la burguesía.

El descubrimiento de América y la circunnavegación de Africa ofrecieron a la burguesía en ascenso un nuevo campo de actividad. Los mercados de la India y de China, la colonización de América, el intercambio con las colonias, la multiplicación de los medios de cambio y de las mercancías en general imprimieron al comercio, a la navegación y a la industria un impulso hasta entonces desconocido y aceleraron, con ello, el desarrollo del elemento revolucionario de la sociedad feudal en descomposición.

La antigua organización feudal o gremial de la industria ya no podía satisfacer la demanda, que crecía con la apertura de nuevos mercados. Vino a ocupar su puesto la manufactura. El estamento medio industrial suplantó a los maestros de los gremios; la división del trabajo entre las diferentes corporaciones desapareció ante la división del trabajo en el seno del mismo taller.

Pero los mercados crecían sin cesar; la demanda iba siempre en aumento. Ya no bastaba tampoco la manufactura. El vapor y la maquinaria revolucionaron entonces la producción industrial. La gran industria moderna sustituyó a la manufactura; el lugar del estamento medio industrial vinieron a ocuparlo los industriales

distintas y, finalmente, antagónicas. He intentado analizar este proceso en la obra *Der Ursprung der Familie, des Privateigenthums und des Staats*, 2 Aufl. Stuttgart, 1886. (Nota de F. Engels a la edición inglesa de 1888.)

* *Zunfbürger*, esto es, miembro de un gremio con todos los derechos, maestro del mismo, y no su dirigente. (Nota de F. Engels a la edición inglesa de 1888.)

millonarios -jefes de verdaderos ejércitos industriales-, los burgueses modernos.

La gran industria ha creado el mercado mundial, ya preparado por el descubrimiento de América. El mercado mundial aceleró prodigiosamente el desarrollo del comercio, de la navegación y de los medios de transporte por tierra. Este desarrollo influyó, a su vez, en el auge de la industria, y a medida que se iban extendiendo la industria, el comercio, la navegación y los ferrocarriles, desarrollábase la burguesía, multiplicando sus capitales y relegando a segundo término a todas las clases legadas por la Edad Media.

La burguesía moderna, como vemos, es ya de por sí fruto de un largo proceso de desarrollo, de una serie de revoluciones en el modo de producción y de cambio.

Cada etapa de la evolución recorrida por la burguesía ha ido acompañada del correspondiente progreso político. Estamento oprimido bajo la dominación de los señores feudales; asociación armada y autónoma en la comuna;* en unos sitios república urbana independiente; en otros, tercer estado tributario de la monarquía; después, durante el periodo de la manufactura, contrapeso de la nobleza en las monarquías estamentales o absolutas y, en general, piedra angular de las grandes monarquías, la burguesía, después del establecimiento de la gran industria y del mercado universal, conquistó finalmente la hegemonía exclusiva del poder político en el Estado representativo moderno. El gobierno del Estado moderno no es más que una junta que administra los negocios comunes de toda la clase burguesa.

La burguesía ha desempeñado en la historia un papel altamente revolucionario.

Dondequiera que ha conquistado el poder, la burguesía ha destruido las relaciones feudales, patriarcales, idílicas. Las abigarradas ligaduras feudales que ataban al hombre a sus "superiores naturales" las ha desgarrado sin piedad para no dejar subsistir otro vínculo entre los hombres que el frío interés, el cruel "pago al contado". Ha ahogado el sagrado éxtasis del fervor religioso, el entusiasmo caballeresco y el sentimentalismo del pequeñoburgués en las aguas heladas del cálculo egoísta. Ha hecho de la dignidad personal un simple valor de cambio. Ha sustituido las numerosas libertades escrituradas y adquiridas por la *única* y desalmada libertad de comercio. En una palabra, en lugar de la explotación velada por ilusiones religiosas y políticas, ha establecido una explotación abierta, descarada, directa y brutal.

* *Comunas* se llamaba en Francia a las ciudades nacientes todavía antes de arrancar a sus amos y señores feudales la autonomía local y los derechos políticos como "tercer estado". En términos generales, se ha tomado aquí a Inglaterra como país típico del desarrollo económico de la burguesía, y a Francia como país típico de su desarrollo político. (Nota de F. Engels a la edición inglesa de 1888)

Así denominaban los habitantes de las ciudades de Italia y Francia a sus comunidades urbanas, una vez comprados o amaneados a sus señores feudales los primeros derechos de autonomía. (Nota de F. Engels a la edición alemana de 1890.)

La burguesía ha despojado de su aureola a todas las profesiones que hasta entonces se tenían por venerables y dignas de piadoso respeto. Al médico, al juriconsulto, al sacerdote, al poeta, al hombre de ciencia, los ha convertido en sus servidores asalariados.

La burguesía ha desgarrado el velo de emocionante sentimentalismo que encubría las relaciones familiares, y las ha reducido a simples relaciones de dinero.

La burguesía ha revelado que la brutal manifestación de fuerza en la Edad Media, tan admirada por la reacción, tenía su complemento natural en la más relajada holgazanería. Ha sido ella la primera en demostrar lo que puede realizar la actividad humana; ha creado maravillas muy distintas a las pirámides de Egipto, a los acueductos romanos y a las catedrales góticas, y ha realizado campañas muy distintas a las migraciones de los pueblos y a las Cruzadas,

La burguesía no puede existir sino a condición de revolucionar incesantemente los instrumentos de producción y, por consiguiente, las relaciones de producción, y con ello todas las relaciones sociales. La conservación del antiguo modo de producción era, por el contrario, la primera condición de existencia de todas las clases industriales precedentes. Una revolución continua en la producción, una incesante conmoción de todas las condiciones sociales, una inquietud y un movimiento constantes distinguen la época burguesa de todas las anteriores. Todas las relaciones estancadas y enmohecidas, con su cortejo de creencias y de ideas veneradas durante siglos, quedan rotas; las nuevas se hacen añejas antes de llegar a osificarse. Todo lo estamental y estancado se esfuma; todo lo sagrado es profanado, y los hombres, al fin, se ven forzados a considerar serenamente sus condiciones de existencia y sus relaciones recíprocas.

Espoleada por la necesidad de dar cada vez mayor salida a sus productos, la burguesía recorre el mundo entero. Necesita anidar en todas partes, establecerse en todas partes, crear vínculos en todas partes.

Mediante la explotación del mercado mundial, la burguesía ha dado un carácter cosmopolita a la producción y al consumo de todos los países. Con gran sentimiento de los reaccionarios, ha quitado a la industria su base nacional. Las antiguas industrias nacionales han sido destruidas y están destruyéndose continuamente. Son suplantadas por nuevas industrias, cuya introducción se convierte en cuestión vital para todas las naciones civilizadas, por industrias que ya no emplean materias primas indígenas, sino materias primas venidas de las más lejanas regiones del mundo, y cuyos productos no sólo se consumen en el propio país, sino en todas las partes del globo. En lugar de las antiguas necesidades, satisfechas con productos nacionales, surgen necesidades nuevas, que reclaman para su satisfacción productos de los países más apartados y de los climas más diversos. En lugar del antiguo aislamiento y la amargura de las regiones y naciones, se establece un intercam-

bio universal, una interdependencia universal de las naciones. Y esto se refiere tanto a la producción material, como a la intelectual. La producción intelectual de una nación se convierte en patrimonio común de todas. La estrechez y el exclusivismo nacionales resultan de día en día más imposibles; de las numerosas literaturas nacionales y locales se forma una literatura universal.

Merced al rápido perfeccionamiento de los instrumentos de producción y al constante progreso de los medios de comunicación, la burguesía arrastra a la corriente de la civilización a todas las naciones, hasta a las más bárbaras. Los bajos precios de sus mercancías constituyen la artillería pesada que derrumba todas las murallas de China y hace capitular a los bárbaros más fanáticamente hostiles a los extranjeros. Obliga a todas las naciones, si no quieren sucumbir, a adoptar el modo burgués de producción, las constriñe a introducir la llamada civilización, es decir, a hacerse burgueses. En una palabra: se forja un mundo a su imagen y semejanza.

La burguesía ha sometido el campo al dominio de la ciudad. Ha creado urbes inmensas; ha aumentado enormemente la población de las ciudades en comparación con la del campo, substrayendo una gran parte de la población al idiotismo de la vida rural. Del mismo modo que ha subordinado el campo a la ciudad, ha subordinado los países bárbaros o semibárbaros a los países civilizados, los pueblos campesinos a los pueblos burgueses, el Oriente al Occidente.

La burguesía suprime cada vez más el fraccionamiento de los medios de producción, de la propiedad y de la población. Ha aglomerado la población, centralizado los medios de producción y concentrado la propiedad en manos de unos pocos. La consecuencia obligada de ello ha sido la centralización política. Las provincias independientes, ligadas entre sí casi únicamente por lazos federales, con intereses, leyes, gobiernos y tarifas aduaneras diferentes han sido consolidadas en *una* sola nación, bajo *un* solo Gobierno, *una* sola ley, *un* solo interés nacional de clase y *una* sola línea aduanera.

La burguesía, a lo largo de su dominio de clase, que cuenta apenas con un siglo de existencia, ha creado fuerzas productivas más abundantes y más grandiosas que todas las generaciones pasadas juntas. El sometimiento de las fuerzas de la naturaleza, el empleo de las máquinas, la aplicación de la química a la industria y a la agricultura, la navegación de vapor, el ferrocarril, el telégrafo eléctrico, la asimilación para el cultivo de continentes enteros, la apertura de los ríos a la navegación, poblaciones enteras surgiendo por encanto, como si salieran de la tierra. ¿Cuál de los siglos pasados pudo sospechar siquiera que semejantes fuerzas productivas dormitasen en el seno del trabajo social?

Hemos visto, pues, que los medios de producción y de cambio, sobre cuya base se ha formado la burguesía, fueron creados en la sociedad feudal. Al alcanzar un cierto grado de desarrollo estos medios de producción y de

cambio, las condiciones en que la sociedad feudal producía y cambiaba, la organización feudal de la agricultura y de la industria manufacturera, en una palabra, las relaciones feudales de propiedad, cesaron de corresponder a las fuerzas productivas ya desarrolladas. Frenaban la producción en lugar de impulsarla. Se trasformaron en otras tantas trabas. Era preciso romper esas trabas, y las rompieron.

En su lugar se estableció la libre competencia, con una constitución social y política adecuada a ella y con la dominación económica y política de la clase burguesa.

Ante nuestros ojos se está produciendo un movimiento análogo. Las relaciones burguesas de producción y de cambio, las relaciones burguesas de propiedad, toda esta sociedad burguesa moderna, que ha hecho surgir *como* por encanto, tan potentes medios de producción y de cambio, se asemeja al mago que ya no es capaz de dominar las potencias infernales que ha desencadenado con sus conjuros. Desde hace algunas décadas, la historia de la industria y del comercio no es más que la historia de la rebelión de las fuerzas productivas modernas contra las actuales relaciones de producción, contra las relaciones de propiedad que condicionan la existencia de la burguesía y su dominación. Basta mencionar las crisis comerciales que, con su retorno periódico, plantean, en forma cada vez más amenazante, la cuestión de la existencia de toda la sociedad burguesa. Durante cada crisis comercial, se destruye sistemáticamente, no sólo una parte considerable de productos elaborados, sino incluso de las mismas fuerzas productivas ya creadas. Durante las crisis, una epidemia social, que en cualquier época anterior hubiera parecido absurda, se extiende sobre la sociedad: la epidemia de la superproducción. La sociedad se encuentra súbitamente retrotraída a un estado de súbita barbarie: diríase que el hambre, que una guerra devastadora mundial la han privado de todos sus medios de subsistencia; la industria y el comercio parecen aniquilados. Y todo eso, ¿por qué? Porque la sociedad posee demasiada civilización, demasiados medios de vida, demasiada industria, demasiado comercio. Las fuerzas productivas de que dispone no favorecen ya el régimen burgués de la propiedad; por el contrario, resultan ya demasiado poderosas para estas relaciones, que constituyen un obstáculo para su desarrollo; y cada vez que las fuerzas productivas salvan este obstáculo, precipitan en el desorden a toda la sociedad burguesa y amenazan la existencia de la propiedad burguesa. Las relaciones burguesas resultan demasiado estrechas para contener las riquezas creadas en su seno. ¿Cómo vence esta crisis la burguesía? De una parte, por la destrucción obligada de una masa de fuerzas productivas; de otra, por la conquista de nuevos mercados y la explotación más intensa de los antiguos. ¿De qué modo lo hace, pues? Preparando crisis más extensas y más violentas y disminuyendo los medios de prevenirlas.

Las armas de que se sirvió la burguesía para derribar al feudalismo se vuelven ahora contra la propia burguesía..

Pero la burguesía no ha forjado solamente las armas que deben darle muerte; ha producido también los hombres que empuñarán esas armas: los obreros modernos, *los proletarios*.

En la misma proporción en que se desarrolla la burguesía, es decir, el capital, desarróllase también el proletariado, la clase de los obreros modernos, que no viven sino a condición de encontrar trabajo, y lo encuentran únicamente mientras su trabajo acrecienta el capital. Esos obreros, obligados a venderse al detalle, son una mercancía como cualquier otro artículo de comercio, sujeta, por lo tanto, a todas las vicisitudes de la competencia, a todas las fluctuaciones del mercado.

El creciente empleo de las máquinas y la división del trabajo quitan al trabajo del proletario todo carácter propio y le hacen perder con ello todo atractivo para el obrero. Éste se convierte en un simple apéndice de la máquina, y sólo se le exigen las operaciones más sencillas, más monótonas y de más fácil aprendizaje. Por lo tanto, lo que cuesta hoy día el obrero se reduce poco más o menos a los medios de subsistencia indispensables para vivir y para perpetuar su linaje. Pero el precio de todo trabajo,* como el de toda mercancía, es igual a los gastos de producción. Por consiguiente, cuanto más fastidioso resulta el trabajo, más bajan los salarios. Más aun, cuanto más se desenvuelven la maquinaria y la división del trabajo, más aumenta la cantidad de trabajo bien mediante la prolongación de la jornada, bien por el aumento del trabajo exigido en un tiempo dado, la aceleración del movimiento de las máquinas, etc.

La industria moderna ha transformado el pequeño taller del maestro patriarcal en la gran fábrica del capitalista industrial. Masas de obreros, hacinados en la fábrica, son organizados en forma militar. Como soldados rasos de la industria, están colocados bajo la vigilancia de toda una jerarquía de oficiales y suboficiales. No son solamente esclavos de la clase burguesa, del Estado burgués, sino diariamente, a todas horas, esclavos de la máquina, del capataz y, sobre todo, del burgués individual, patrón de la fábrica. Y este despotismo es tanto más mezquino, odioso y exasperante, cuanto mayor es la franqueza con que proclama que no tiene otro fin que el lucro.

Cuanto menos habilidad y fuerza requiere el trabajo manual, es decir, cuanto mayor es el desarrollo de la industria moderna, mayor es la proporción en que el trabajo de los hombres es suplantado por el de las mujeres y los niños. Por lo que respecta a la clase obrera, las diferencias de edad y sexo pierden toda significación social. No hay más que instrumentos de trabajo, cuyo coste vana según la edad y el sexo.

Una vez que el obrero ha sufrido la explotación del fabricante y ha recibi-

* Más tarde Marx demostró que el obrero no vende su trabajo, sino su fuerza de trabajo. Véase al respecto: Engels, F. Introducción a la edición de 1891 de la obra de Marx, Trabajo asalariado y capital. (Ed.)

do su salario en metálico, se convierte en víctima de otros elementos de la burguesía: el casero, el tendero, el prestamista, etc.

Pequeños industriales, pequeños comerciantes y rentistas, artesanos y campesinos, toda la escala inferior de las clases medias de otro tiempo, caen en las filas del proletariado; unos, porque sus pequeños capitales no les alcanzan para acometer grandes empresas industriales y sucumben en la competencia con los capitalistas más fuertes; otros, porque su habilidad profesional se ve depreciada ante los nuevos métodos de producción. De tal suerte, el proletariado se recluta entre todas las clases de la población.

El proletariado pasa por diferentes etapas de desarrollo. Su lucha contra la burguesía comienza con su surgimiento.

Al principio, la lucha es entablada por obreros aislados, después, por los obreros de una misma fábrica, más tarde, por los obreros del mismo oficio de la localidad contra el burgués individual que los explota directamente. No se contentan con dirigir sus ataques contra las relaciones burguesas de producción, y los dirigen contra los mismos instrumentos de producción: destruyen las mercancías extranjeras que les hacen competencia, rompen las máquinas, incendian las fábricas, intentan reconquistar por la fuerza la posición perdida del artesano de la Edad Media.

En esta etapa, los obreros forman una masa diseminada por todo el país y disgregada por la competencia. Si los obreros forman masas compactas, esta acción no es todavía consecuencia de su propia unión, sino de la unión de la burguesía, que para alcanzar sus propios fines políticos debe -y por ahora aún puede- poner en movimiento a todo el proletariado. Durante esta etapa, los proletarios no combaten, por lo tanto, contra sus propios enemigos, sino contra los enemigos de sus enemigos, es decir, contra los restos de la monarquía absoluta, los propietarios territoriales, los burgueses no industriales y los pequeños burgueses. Todo el movimiento histórico se concentra, de esta suerte, en manos de la burguesía; cada victoria alcanzada en estas condiciones es una victoria de la burguesía.

Pero la industria, en su desarrollo, no sólo acrecienta el número de proletarios, sino que los concentra en masas considerables; su fuerza aumenta y adquieren mayor conciencia de la misma. Los intereses y las condiciones de existencia de los proletarios se igualan cada vez más a medida que la máquina va borrando las diferencias en el trabajo y reduce el salario, casi en todas partes, a un nivel igualmente bajo. Como resultado de la creciente competencia de los burgueses entre sí y de las crisis comerciales que ella ocasiona, los salarios son cada vez más fluctuantes; el constante y acelerado perfeccionamiento de la máquina coloca al obrero en situación cada vez más precaria; las colisiones entre el obrero individual y el burgués individual adquieren más y más el carácter de colisiones entre dos clases. Los obreros empiezan a formar coaliciones contra los burgueses y actúan en común para la defensa de sus salarios. Llegan hasta formar asociaciones permanentes para asegurarse los

medios necesarios, en previsión de estos choques eventuales. Aquí y allá la lucha estalla en sublevación.

A veces los obreros triunfan; pero es un triunfo efímero. El verdadero resultado de sus luchas no es el éxito inmediato, sino la unión cada vez más extensa de los obreros. Esta unión es propiciada por el crecimiento de los medios de comunicación creados por la gran industria y que ponen en contacto a los obreros de diferentes localidades. Y basta ese contacto para que las numerosas luchas locales, que en todas partes revisten el mismo carácter, se centralicen en una lucha nacional, en una lucha de clases. Mas toda lucha de clases es una lucha política. Y la unión que los habitantes de las ciudades de la Edad Media, con sus caminos vecinales, tardaron siglos en establecer, los proletarios modernos, con los ferrocarriles, la llevan a cabo en unos pocos años.

Esta organización del proletariado en clase y, por lo tanto, en partido político, vuelve sin cesar a ser socavada por la competencia entre los propios obreros. Pero resurge, y siempre más fuerte, más firme, más potente. Aprovecha las disensiones intestinas de los burgueses para obligarles a reconocer por la ley algunos intereses de la clase obrera; por ejemplo, la ley de la jornada de diez horas en Inglaterra.

En general, las colisiones en la vieja sociedad favorecen de diversas maneras el proceso de desarrollo del proletariado. La burguesía vive en lucha permanente: al principio, contra la aristocracia; después, contra aquellas fracciones de la misma burguesía, cuyos intereses entran en contradicción con los progresos de la industria, y siempre, en fin, contra la burguesía de todos los demás países. En todas estas luchas se ve forzada a apelar al proletariado, a reclamar su ayuda y arrastrarle así al movimiento político. De tal manera, la burguesía proporciona a los proletarios los elementos de su propia educación, es decir, armas contra ella misma.

Además, como acabamos de ver, el progreso de la industria precipita las filas del proletariado a capas enteras de la clase dominante, o al menos las amenaza en sus condiciones de existencia. También ellas aportan al proletariado numerosos elementos de educación.

Finalmente, en los períodos en que la lucha de clases se acerca a su desenlace, el proceso de desintegración de la clase dominante, de toda la vieja sociedad, adquiere un carácter tan violento y tan agudo que una pequeña fracción de esa clase reniega de ella y se adhiere a la clase revolucionaria, a la clase en cuyas manos está el porvenir. Y así como antes una parte de la nobleza se pasó a la burguesía, en nuestros días un sector de la burguesía se pasa al proletariado, particularmente ese sector de los ideólogos burgueses que se han elevado hasta la comprensión teórica del conjunto del movimiento histórico.

De todas las clases que hoy se enfrentan con la burguesía, sólo el proletariado es una clase verdaderamente revolucionaria. Las demás clases van de-

generando y desaparecen con el desarrollo de la gran industria; el proletariado, en cambio, es su producto más peculiar.

Los estamentos medios -el pequeño industrial, el pequeño comerciante, el artesano, el campesino-, todos ellos luchan contra la burguesía para salvar de la ruina su existencia como tales estamentos medios. No son, pues, revolucionarios, sino conservadores. Más todavía, son reaccionarios, ya que pretenden volver atrás la rueda de la historia. Son revolucionarios únicamente por cuanto tienen ante sí la perspectiva de su tránsito inminente al proletariado, defendiendo así no sus intereses presentes, sino sus intereses futuros, por cuanto abandonan sus propios puntos de vista para adoptar los del proletariado.

El lumpenproletariado, ese producto pasivo de la putrefacción de las capas más bajas de la vieja sociedad, puede a veces ser arrastrado al movimiento por una revolución proletaria; sin embargo, en virtud de todas sus condiciones de vida está más bien dispuesto a venderse a la reacción para servir a sus maniobras.

Las condiciones de existencia de la vieja sociedad están ya abolidas en las condiciones de existencia del proletariado. El proletariado no tiene propiedad; sus relaciones con la mujer y con los hijos no tiene nada de común con las relaciones familiares burguesas; el trabajo industrial moderno, el moderno yugo del capital, que es el mismo en Inglaterra que en Francia, en Norteamérica que en Alemania, despoja al proletariado de todo carácter nacional. Las leyes, la moral, la religión son para él meros prejuicios burgueses, detrás de los cuales se ocultan otros tantos intereses de la burguesía.

Todas las clases que en el pasado lograron hacerse dominantes trataron de consolidar la situación adquirida sometiendo a toda la sociedad a las condiciones de su modo de apropiación. Los proletarios no pueden conquistar las fuerzas productivas sociales, sino aboliendo su propio modo de apropiación en vigor y, por lo tanto, todo modo de apropiación existente hasta nuestros días. Los proletarios no tienen nada que salvaguardar; tienen que destruir todo lo que hasta ahora ha venido garantizando y asegurando la propiedad privada existente.

Todos los movimientos han sido hasta ahora realizados por minorías o en provecho de minorías. El movimiento proletario es un movimiento propio de la inmensa mayoría en provecho de la inmensa mayoría. El proletariado, capa inferior de la sociedad actual, no puede levantarse, no puede enderezarse, sin hacer saltar toda la superestructura formada por las capas de la sociedad oficial.

Por su forma, aunque no por su contenido, la lucha del proletariado contra la burguesía es primeramente una lucha nacional. Es natural que el proletariado de cada país deba acabar en primer lugar con su propia burguesía.

Al esbozar las fases más generales del desarrollo del proletariado, hemos seguido el curso de la guerra civil más o menos oculta que se desarrolla en el

seno de la sociedad existente, hasta el momento en que se transforma en una revolución abierta, y el proletariado, derrocando por la violencia a la burguesía, implanta su dominación.

Todas las sociedades anteriores, como hemos visto, han descansado en el antagonismo entre clases opresoras y oprimidas. Mas para poder oprimir a una clase, es preciso asegurarle unas condiciones que le permitan, por lo menos, arrastrar su existencia de esclavitud. El siervo, en pleno régimen de servidumbre, llegó a miembro de la comuna, lo mismo que el pequeño burgués llegó a elevarse a la categoría de burgués bajo el yugo del absolutismo feudal. El obrero moderno, por el contrario, lejos de elevarse con el progreso de la industria, desciende siempre más y más por debajo de las condiciones de vida de su propia clase. El trabajador cae en la miseria, y el pauperismo crece más rápidamente todavía que la población y la riqueza. Es, pues, evidente que la burguesía ya no es capaz de seguir desempeñando el papel de clase dominante de la sociedad ni de imponer a ésta, como ley reguladora, las condiciones de existencia de su clase. No es capaz de dominar, porque no es capaz de asegurar a su esclavo la existencia, ni siquiera dentro del marco de la esclavitud, porque se ve obligada a dejarle decaer hasta el punto de tener que mantenerle, en lugar de ser mantenida por él. La sociedad ya no puede vivir bajo su dominación; lo que equivale a decir que la existencia de la burguesía es, en lo sucesivo, incompatible con la de la sociedad.

La condición esencial de la existencia y de la dominación de la clase burguesa es la acumulación de la riqueza en manos de particulares, la formación y el acrecentamiento del capital. La condición de existencia del capital es el trabajo asalariado. El trabajo asalariado descansa exclusivamente sobre la competencia de los obreros entre sí. El progreso de la industria, del que la burguesía, incapaz de oponérsele, es agente involuntario, sustituye el aislamiento de los obreros, resultante de la competencia, por su unión revolucionaria mediante la asociación. Así, el desarrollo de la gran industria socava bajo los pies de la burguesía las bases sobre las que ésta produce y se apropia lo producido. La burguesía produce, ante todo, sus propios sepultureros. Su hundimiento y la victoria del proletariado son igualmente inevitables.

II

PROLETARIOS Y COMUNISTAS

¿Cuál es la posición de los comunistas con respecto a los proletarios en general?

Los comunistas no forman un partido aparte, opuesto a los otros partidos obreros.

No tienen intereses que los separen del conjunto del proletariado. No proclaman principios especiales a los que quisieran amoldar el movimiento proletario.

Los comunistas sólo se distinguen de los demás partidos proletarios en que, por una parte, en las diferentes luchas nacionales de los proletarios, destacan y hacen valer los intereses comunes a todo el proletariado, independientemente de la nacionalidad; y, por otra parte, en que, en las diferentes fases de desarrollo por que pasa, la lucha entre el proletariado y la burguesía, representan siempre los intereses del movimiento en su conjunto.

Prácticamente, los comunistas son, pues, el sector más resuelto de los partidos obreros de todos los países, el sector que siempre impulsa adelante a los demás; teóricamente, tienen sobre el resto del proletariado la ventaja de su clara visión de las condiciones, de la marcha y de los resultados generales del movimiento proletario.

El objetivo inmediato de los comunistas es el mismo que el de todos los demás partidos proletarios: constitución de los proletarios en clase, derrocamiento de la dominación burguesa, conquista del poder político por el proletariado.

Las tesis teóricas de los comunistas no se basan en modo alguno en ideas y principios inventados o descubiertos por tal o cual reformador del mundo.

No son sino la expresión de conjunto de las condiciones reales de una lucha de clases existente, de un movimiento histórico que se está desarrollando ante nuestros ojos. La abolición de las relaciones de propiedad antes existentes no es una característica propia del comunismo.

Todas las relaciones de propiedad han sufrido constantes cambios históricos, continuas trasformaciones históricas.

La Revolución Francesa, por ejemplo, abolió la propiedad feudal en provecho de la propiedad burguesa.

El rasgo distintivo del comunismo no es la abolición de la propiedad en general, sino la abolición de la propiedad burguesa.

Pero la propiedad privada burguesa moderna es la última y más acabada expresión del modo de producción y de apropiación de lo producido basado en los antagonismos de clase, en la explotación de los unos por los otros.

En este sentido, los comunistas pueden resumir su teoría en esta fórmula única: abolición de la propiedad privada.

Se nos ha reprochado a los comunistas el querer abolir la propiedad personalmente adquirida, fruto del trabajo propio, esa propiedad que forma la base de toda libertad, actividad e independencia individual.

¿La propiedad adquirida, fruto del trabajo, del esfuerzo personal! ¿Os referís acaso a la propiedad del pequeño burgués, del pequeño labrador, esa forma de propiedad que ha precedido a la propiedad burguesa? No tenemos que abolirla: el progreso de la industria la ha abolido y está aboliéndola a diario.

¿O tal vez os referís a la propiedad privada burguesa moderna?

¿Es que el trabajo asalariado, el trabajo del proletario, crea propiedad para el proletario? De ninguna manera. Lo que crea es capital, es decir, la

propiedad que explota al trabajo asalariado y que no puede acrecentarse sino a condición de producir nuevo trabajo asalariado, para volver a explotarlo.. En su forma actual la propiedad se mueve en el antagonismo entre el capital y el trabajo asalariado. Examinemos los dos términos de este antagonismo.

Ser capitalista significa ocupar no sólo una posición puramente personal en la producción, sino también una posición social. El capital es un producto colectivo; no puede ser puesto en movimiento sino por la actividad conjunta de muchos miembros de la sociedad y, en última instancia, sólo por la actividad conjunta de todos los miembros de la sociedad.

El capital no es, pues, una fuerza personal; es una fuerza social.

En consecuencia, si el capital es transformado en propiedad colectiva, perteneciente a todos los miembros de la sociedad, no es la propiedad personal la que se transforma en propiedad social. Sólo cambia el carácter social de la propiedad. Esta pierde su carácter de clase.

Examinemos el trabajo asalariado.

El precio medio del trabajo asalariado es el mínimo del salario, es decir, la suma de los medios de subsistencia indispensables al obrero para conservar su vida como tal obrero. Por consiguiente, lo que el obrero asalariado se apropia por su actividad es estrictamente lo que necesita para la mera reproducción de su vida. No queremos de ninguna manera abolir esta apropiación personal de los productos del trabajo, indispensable para la mera reproducción de la vida humana, esa apropiación, que no deja ningún beneficio líquido que pueda dar un poder sobre el trabajo de otro. Lo que queremos suprimir es el carácter miserable de esa apropiación, que hace que el obrero no viva sino para acrecentar el capital y tan sólo en la medida en que el interés de la clase dominante exige que viva.

En la sociedad burguesa, el trabajo vivo no es más que un medio de incrementar el trabajo acumulado. En la sociedad comunista, el trabajo acumulado no es más que un medio de ampliar, enriquecer y hacer más fácil la vida de los trabajadores.

De este modo, en la sociedad burguesa el pasado domina sobre el presente; en la sociedad comunista es el presente el que domina sobre el pasado. En la sociedad burguesa el capital es independiente y tiene personalidad, mientras que el individuo que trabaja carece de independencia y está despersonalizado.

¿Y la burguesía dice que la abolición de semejante estado de cosas es abolición de la personalidad y de la libertad! Y con razón. Pues se trata efectivamente de abolir la personalidad burguesa, la independencia burguesa y la libertad burguesa.

Por libertad, en las condiciones actuales de la producción burguesa, se entiende la libertad de comercio, la libertad de comprar y vender. Desaparecida la compraventa, desaparecerá también la libertad de compraventa. Las declamaciones sobre la libertad de compraventa, lo mismo que las demás

bravatas liberales de nuestra burguesía, sólo tienen sentido aplicadas a la compraventa encadenada y al burgués sojuzgado de la Edad Media; pero no ante la abolición comunista de la compra-venta, de las relaciones de producción burguesas y de la propia burguesía.

Os horrorizáis de que queramos abolir la propiedad privada. Pero, en vuestra sociedad actual, la propiedad privada, está abolida para las nueve décimas partes de sus miembros; existe precisamente porque no existe para esas nueve décimas partes. Nos reprocháis, pues, el querer abolir una forma de propiedad que no puede existir sino a condición de que la inmensa mayoría de la sociedad sea privada de propiedad.

En una palabra, nos acusáis de querer abolir vuestra propiedad. Efectivamente, eso es lo que queremos.

Según vosotros, desde el momento en que el trabajo no puede ser convertido en capital, en dinero, en renta de la tierra, en una palabra, en poder social susceptible de ser monopolizado; es decir desde el instante en que la propiedad personal no puede trasformarse en propiedad burguesa, desde ese instante la personalidad queda suprimida.

Reconocéis, pues, que por personalidad no entendeis sino al burgués, al propietario burgués. Y esta personalidad ciertamente debe ser suprimida.

El comunismo no arrebat a nadie la facultad de apropiarse de los productos sociales; no quita más que el poder de sojuzgar por medio de esta apropiación el trabajo ajeno.

Se ha objetado que con la abolición de la propiedad privada cesaría toda actividad y sobrevendría una indolencia general.

Si así fuese, hace ya mucho tiempo que la sociedad burguesa habría sucumbido a manos de la holgazanería, puesto que en ella los que trabajan no adquieren y los que adquieren no trabajan. Toda la objeción se reduce a esta tautología: no hay trabajo asalariado donde no hay capital.

Todas las objeciones dirigidas contra el modo comunista de apropiación y de producción de bienes materiales se hacen extensivas igualmente respecto de la apropiación y de la producción de los productos del trabajo intelectual. Lo mismo que para el burgués la desaparición de la propiedad de clase equivale a la desaparición de toda producción, la desaparición de la cultura de clase significa para él la desaparición de toda cultura.

La cultura, cuya pérdida deplora, no es para la inmensa mayoría de los hombres más que el adiestramiento que los trasforma en máquinas.

Mas no discutáis con nosotros mientras apliquéis a la abolición de la propiedad burguesa el criterio de vuestras nociones burguesas de libertad, cultura, derecho, etc. Vuestras ideas mismas son producto de las relaciones de producción y de propiedad burguesas, como vuestro derecho no es más que la voluntad de vuestra clase erigida en ley; voluntad cuyo contenido está determinado por las condiciones materiales de existencia de vuestra clase.

La concepción interesada que os ha hecho erigir en leyes eternas de la

naturaleza y de la razón las relaciones sociales dimanadas de vuestro modo de producción y de propiedad -relaciones históricas que surgen y desaparecen en el curso de la producción-, la compartís con todas las clases dominantes hoy desaparecidas. Lo que concebís para la propiedad antigua, lo que concebís para la propiedad feudal, no os atrevéis a admitirlo para la propiedad burguesa.

¡Querer abolir la familia! Hasta los más radicales se indignan ante este infame designio de los comunistas.

¿En qué bases descansa la familia actual, la familia burguesa? En el capital, en el lucro privado. La familia, plenamente desarrollada, no existe más que para la burguesía; pero encuentra su complemento en la supresión forzosa de toda familia para el proletariado y en la prostitución pública.

La familia burguesa desaparece naturalmente al dejar de existir ese complemento suyo, y ambos desaparecen con la desaparición del capital.

¿Nos reprocháis el querer abolir la explotación de los hijos por sus padres? Confesamos este crimen.

Pero decís que destruimos los vínculos más íntimos, sustituyendo la educación doméstica por la educación social.

Y vuestra educación, ¿no está también determinada por la sociedad, por las condiciones sociales en que educáis a vuestros hijos, por la intervención directa o indirecta de la sociedad a través de la escuela, etc.? Los comunistas no han inventado esta ingerencia de la sociedad en la educación, no hacen más que cambiar su carácter y arrancar la educación a la influencia de la clase dominante.

Las declaraciones burguesas sobre la familia y la educación, sobre los dulces lazos que unen a los padres con sus hijos, resultan más repugnantes a medida que la gran industria destruye todo vínculo de familia para el proletario y trasforma a los niños en simples artículos de comercio, en simples instrumentos de trabajo.

¡Pero es que vosotros, los comunistas, queréis establecer la comunidad de las mujeres! -nos grita a coro toda la burguesía.

Para el burgués, su mujer no es otra cosa que un instrumento de producción. Oye decir que los instrumentos de producción deben ser de utilización común, y, naturalmente, no puede por menos de pensar que las mujeres correrán la misma suerte de la socialización.

No sospecha que se trata precisamente de acabar con esa situación de la mujer como simple instrumento de producción.

Nada más grotesco, por otra parte, que el horror ultramoral que inspira a nuestros burgueses la pretendida comunidad oficial de las mujeres que atribuyen a los comunistas. Los comunistas no tienen necesidad de introducir la comunidad de las mujeres: casi siempre ha existido.

Nuestros burgueses, no satisfechos con tener a su disposición las mujeres y las hijas de sus obreros, sin hablar de la prostitución oficial,

i
! encuentran un placer singular en seducirse mutuamente las esposas.

' El matrimonio burgués es, en realidad, la comunidad de las esposas. A lo
! sumo, se podría acusar a los comunistas de querer sustituir una comunidad
» de las mujeres hipócritamente disimulada, por una comunidad franca y ofi-
j- cial. Es evidente, por otra parte, que con la abolición de las relaciones de
; producción actuales desaparecerá la comunidad de las mujeres que de ellas
se deriva, es decir, la prostitución oficial y no oficial.

Se acusa también a los comunistas de querer abolir la patria, la nacionali-
1 dad.

; Los obreros no tienen patria. No se les puede arrebatar lo que no poseen.
Mas, por cuanto el proletariado debe en primer lugar conquistar el poder
político, elevarse a la condición de clase nacional, constituirse en nación,
todavía es nacional, aunque de ninguna manera en el sentido burgués.

El aislamiento nacional y los antagonismos entre los pueblos desapare-
cen de día en día con el desarrollo de la burguesía, la libertad de comercio y
el mercado mundial, con la uniformidad de la producción industrial y las
condiciones de existencia que le corresponden.

El dominio del proletariado los hará desaparecer más de prisa todavía. La
acción común, al menos de los países civilizados, es una de las primeras
condiciones de su emancipación.

En la misma medida en que sea abolida la explotación de un individuo
por otro, será abolida la explotación de una nación por otra.

Al mismo tiempo que el antagonismo de las clases en el interior de las
naciones, desaparecerá la hostilidad de las naciones entre sí.

En cuanto a las acusaciones lanzadas contra el comunismo, partiendo del
punto de vista de la religión, de la filosofía y de la ideología en general, no
merecen un examen detallado.

¿Acaso se necesita una gran perspicacia para comprender que con toda
modificación en las condiciones de vida, en las relaciones sociales, en la
existencia social, cambian también las ideas, las nociones y las concepcio-
nes, en una palabra, la conciencia del hombre?

¿Qué demuestra la historia de las ideas sino que la producción intelectual
se transforma con la producción material? Las ideas dominantes en cualquier
época no han sido nunca más que las ideas de la clase dominante.

Cuando se habla de ideas que revolucionan toda una sociedad, se expresa
solamente el hecho de que en el seno de la vieja sociedad se han formado los
elementos de una nueva, y la disolución de las viejas ideas marcha a la par
con la disolución de las antiguas condiciones de vida.

En el ocaso del mundo antiguo las viejas religiones fueron vencidas
por la religión cristiana. Cuando, en el siglo XVIII, las ideas cristianas
fueron vencidas por las ideas de la ilustración, la sociedad feudal libra-
ba una lucha a muerte contra la burguesía, entonces revolucionaria. Las
ideas de libertad religiosa y de libertad de conciencia no hicieron más

que reflejar el reinado de la libre concurrencia en el dominio del saber.

"Sin duda -se nos dirá-, las ideas religiosas, morales, filosóficas, políticas, jurídicas, etc., se han ido modificando en el curso del desarrollo histórico. Pero la religión, la moral, la filosofía, la política, el derecho se han mantenido siempre a través de estas transformaciones.

Existen, además, verdades eternas, tales como la libertad, la justicia, etc., que son comunes a todo estado de la sociedad. Pero el comunismo quiere abolir estas verdades eternas, quiere abolir la religión y la moral, en lugar de darles una forma nueva, y por eso contradice a todo el desarrollo histórico anterior."

¿A qué se reduce esta acusación? La historia de todas las sociedades que han existido hasta hoy se desenvuelve en medio de contradicciones de clase, de contradicciones que revisten formas diversas en las diferentes épocas.

Pero cualquiera que haya sido la forma de estas contradicciones, la explotación de una parte de la sociedad por la otra es un hecho común a todos los siglos anteriores. Por consiguiente, no tiene nada de asombroso que la conciencia social de todos los siglos, a despecho de toda variedad y de toda diversidad, se haya movido siempre dentro de ciertas formas comunes, dentro de unas formas -formas de conciencia-, que no desaparecerán completamente más que con la desaparición definitiva de los antagonismos de clase.

La revolución comunista es la ruptura *más* radical con las relaciones de propiedad tradicionales; nada de extraño tiene que en el curso de su desarrollo rompa de la manera más radical con las ideas tradicionales.

Mas, dejemos aquí las objeciones hechas por la burguesía al comunismo.

Como ya hemos visto más arriba, el primer paso de la revolución obrera es la elevación del proletariado a clase dominante, la conquista de la democracia.

El proletariado se valdrá de su dominación política para ir arrancando gradualmente a la burguesía todo el capital, para centralizar todos los instrumentos de producción en manos del Estado, es decir, del proletariado organizado como clase dominante, y para aumentar con la mayor rapidez posible la suma de las fuerzas productivas.

Esto, naturalmente, no podrá cumplirse al principio más que por una violación despótica del derecho de propiedad y de las relaciones burguesas de producción, es decir, por la adopción de medidas que desde el punto de vista económico parecerán insuficientes e insostenibles, pero que en el curso del movimiento se sobrepasarán a sí mismas y serán indispensables como medio para transformar radicalmente todo el modo de producción.

Estas medidas, naturalmente, serán diferentes en los diversos países. Sin embargo, en los países más avanzados podrán ser puestas en práctica casi en todas partes las siguientes medidas:

1. Expropiación de la propiedad territorial y empleo de la renta de la tierra para los gastos del Estado.

2. Fuerte impuesto progresivo.
3. Abolición del derecho de herencia.
4. Confiscación de la propiedad de todos los emigrados y sediciosos.
5. Centralización del crédito en manos del Estado por medio de un Banco nacional con capital del Estado y monopolio exclusivo.
6. Centralización en manos del Estado de todos los medios de transporte.
7. Multiplicación de las empresas fabriles pertenecientes al Estado y de los instrumentos de producción, roturación de los terrenos incultos y mejoramiento de las tierras, según un plan general.
8. Obligación de trabajar para todos; organización de ejércitos industriales, particularmente para la agricultura.
9. Combinación de la agricultura y la industria; medidas encaminadas a hacer desaparecer gradualmente la diferencia entre la ciudad y el campo.
10. Educación pública y gratuita de todos los niños; abolición del trabajo de éstos en las fábricas tal como se practica hoy, régimen de educación combinado con la producción material, etc., etc.

Una vez que en el curso del desarrollo hayan desaparecido las diferencias de clase y se haya concentrado toda la producción en manos de los individuos asociados, el poder público perderá su carácter político. El poder político, hablando propiamente, es la violencia organizada de una clase para la opresión de otra. Si en la lucha contra la burguesía el proletariado se constituye indefectiblemente en clase; si mediante la revolución se convierte en clase dominante y, en cuanto clase dominante, suprime por la fuerza las viejas relaciones de producción, suprime, al mismo tiempo que estas relaciones de producción, las condiciones para la existencia del antagonismo de clase y de las clases en general, y, por lo tanto, su propia dominación como clase.

En sustitución de la antigua sociedad burguesa, con sus clases y sus antagonismos de clase, surgirá una asociación en que el libre desenvolvimiento de cada lino será la condición del libre desenvolvimiento de todos.

III LITERATURA SOCIALISTA Y COMUNISTA

(1. *El socialismo reaccionario*)

a) **EL SOCIALISMO FEUDAL**

Por su posición histórica, la aristocracia francesa e inglesa estaba llamada a escribir libelos contra la moderna sociedad burguesa. En la revolución francesa de julio de 1830 y en el movimiento inglés por la reforma parlamentaria, habían sucumbido una vez más bajo los golpes del odiado advenedizo. En adelante no podía hablarse siquiera de una lucha política seria. No le quedaba más que la lucha literaria. Pero, también en el terreno literario, la vieja fraseología de la época de la Restauración* había llegado a ser inaplicable.

Para crearse simpatías era menester que la aristocracia aparentase no tener en cuenta sus propios intereses y que formulara su acta de acusación contra la burguesía sólo en interés de la clase obrera explotada. Diose de esta suerte la satisfacción de componer canciones satíricas contra su nuevo amo y de musitarle al oído profecías más o menos siniestras.

Así es cómo nació el socialismo feudal, mezcla de jeremiadas y pasquines, de ecos del pasado y de amenazas sobre el porvenir. Si alguna vez su crítica amarga, mordaz e ingeniosa hirió a la burguesía en el corazón, su incapacidad absoluta para comprender la marcha de la historia moderna concluyó siempre por cubrirlo de ridículo.

A guisa de bandera, estos señores enarbolaban el saco de mendigo, del proletario, a fin de atraer al pueblo. Pero cada vez que el pueblo acudía, advertía que sus posaderas estaban ornadas con el viejo blasón feudal y se dispersaban en medio de grandes e irreverentes carcajadas.

Una parte de los legitimistas franceses y la Joven Inglaterra** han dado al mundo este espectáculo cómico.

Cuando los campeones del feudalismo aseveran que su modo de explotación era distinto del de la burguesía, olvidan una cosa, y es que ellos explotaban en condiciones y circunstancias por completo diferentes y hoy anticuadas. Cuando advierten que bajo su dominación no existía el proletariado moderno, olvidan que la burguesía moderna es precisamente un retoño necesario del régimen social suyo.

Disfrazan tan poco, por otra parte, el carácter reaccionario de su crítica, que la principal acusación que presentan contra la burguesía es precisamente haber creado bajo su régimen una clase que hará saltar por los aires todo el antiguo orden social.

Lo que imputan a la burguesía no es tanto el haber hecho surgir un proletariado en general, sino el haber hecho surgir un proletariado revolucionario.

Por eso, en la práctica política, toman parte en todas las medidas de represión contra la clase obrera. Y en la vida diaria, a pesar de su fraseología ampulosa, se las ingenian para recoger los frutos de oro del árbol de la industria y trocar el honor, el amor y la fidelidad por el comercio en lanas, remolacha azucarera y aguardiente.***

* No se trata aquí de la Restauración inglesa de 1660-1689, sino de la francesa de 1814-1830. (Nota de F. Engels a la edición inglesa de 1888.)

** Legitimistas: partido de los terratenientes nobles de Francia, partidarios de la restauración de la dinastía de los Borbones. La "Joven Inglaterra": círculo fundado alrededor de 1842 e integrado por aristócratas, políticos y literatos, adheridos al Partido Conservador británico. Sus representantes más destacados eran Disraeli, Thomas Carlyle y otros. (Ed.)

*** Esto se refiere en primer término a Alemania, donde los terratenientes aristócratas y los junkers cultivan por cuenta propia gran parte de sus tierras con ayuda de administradores, y poseen, además, grandes fábricas de azúcar de remolacha y destilerías de alcohol. Los más acua-

Del mismo modo que el cura y el señor feudal han marchado siempre de la mano, el socialismo clerical marcha unido con el socialismo feudal.

Nada más fácil que recubrir con un barniz socialista el ascetismo cristiano. ¿Acaso el cristianismo no se levantó también contra la propiedad privada, el matrimonio y el Estado? ¿No predicó en su lugar la caridad y la pobreza, el celibato y la mortificación de la carne, la vida monástica y la Iglesia? El socialismo cristiano no es más que el agua bendita con que el clérigo consagra el desprecio de la aristocracia.

b) EL SOCIALISMO PEQUEÑOBURGUES

La aristocracia feudal no es la única clase derrumbada por la burguesía, y no es la única clase cuyas condiciones de existencia empeoran y van extinguiéndose en la sociedad burguesa moderna. Los habitantes de las ciudades medievales y el estamento de los pequeños agricultores de la Edad Media fueron los precursores de la burguesía moderna. En los países de una industria y un comercio menos desarrollados esta clase continúa vegetando al lado de la burguesía en auge.

En los países donde se ha desarrollado la civilización moderna, se ha formado -y, como parte complementaria de la sociedad burguesa, sigue formándose sin cesar- una nueva clase de pequeños burgueses que oscila entre el proletariado y la burguesía. Pero los individuos que la componen se ven continuamente precipitados a las filas del proletariado a causa de la competencia, y, con el desarrollo de la gran industria, ven aproximarse el momento en que desaparecerán por completo como fracción independiente de la sociedad moderna y en que serán remplazados en el comercio, en la manufactura y en la agricultura por capataces y empleados.

En países como Francia, donde los campesinos constituyen bastante más de la mitad de la población, era natural que los escritores que defendiesen la causa del proletariado contra la burguesía, aplicasen a su crítica del régimen burgués el rasero del pequeño burgués y del pequeño campesino, y defendiesen la causa obrera desde el punto de vista de la pequeña burguesía. Así se formó el socialismo pequeñoburgués. Sismondi es el más alto exponente de esta literatura, no sólo en Francia, sino también en Inglaterra.

Este socialismo analizó con mucha sagacidad las contradicciones inherentes a las modernas relaciones de producción. Puso al desnudo hipócritas apologías de los economistas. Demostró de una manera irrefutable los efectos destructores de la maquinaria y de la división del trabajo, la concentra-

dalados aristócratas británicos todavía no han llegado a tanto; pero también ellos saben cómo pueden compensar la disminución de la renta, cediendo su nombres a los fundadores de toda clase de sociedades anónimas de reputación más o menos dudosa. (*Nota de F. Engels a la edición inglesa de 1888.*)

ción de los capitales y de la propiedad territorial, la superproducción, las crisis, la inevitable ruina de los pequeñoburgueses y de los campesinos, la miseria del proletariado, la anarquía en la producción, la escandalosa desigualdad en la distribución de las riquezas, la exterminadora guerra industrial de las naciones entre sí, la disolución de las viejas costumbres, de las antiguas relaciones familiares, de las viejas nacionalidades.

Sin embargo, el contenido positivo de ese socialismo consiste, bien en su anhelo de restablecer los antiguos medios de producción y de cambio, y con ellos las antiguas relaciones de propiedad y toda la sociedad antigua, bien en querer encajar por la fuerza los medios modernos de producción y de cambio en el marco de las antiguas relaciones de propiedad, que ya fueron rotas, que fatalmente debían ser rotas por ellos. En uno y otro caso, este socialismo es a la vez reaccionario y utópico.

Para la manufactura, el sistema gremial; para la agricultura, el régimen patriarcal; he aquí su última palabra.

En su ulterior desarrollo esta tendencia ha caído en un marasmo cobarde.

c) *EL SOCIALISMO ALEMÁN O SOCIALISMO "VERDADERO"*

La literatura socialista y comunista de Francia, que nació bajo el yugo de una burguesía dominante, como expresión literaria de la lucha contra dicha dominación, fue introducida en Alemania en el momento en que la burguesía acababa de comenzar su lucha contra el absolutismo feudal.

Filósofos, semifilósofos e ingenios de salón alemanes se lanzaron ávidamente sobre esta literatura, pero olvidaron que con la importación de la literatura francesa no habían sido importadas a Alemania, al mismo tiempo, las condiciones sociales de Francia. En las condiciones alemanas, la literatura francesa perdió toda significación práctica inmediata y tomó un carácter puramente literario. Debía parecer más bien una especulación ociosa sobre la realización de la esencia humana. De este modo, para los filósofos alemanes del siglo XVIII, las reivindicaciones de la primera Revolución Francesa no eran más que reivindicaciones de la "razón práctica" en general, y las manifestaciones de la voluntad de la burguesía revolucionaria de Francia no expresaban a sus ojos más que las leyes de la voluntad pura, de la voluntad tal como debía ser, de la voluntad verdaderamente humana..

Toda la labor de los literatos alemanes se redujo exclusivamente a poner de acuerdo las nuevas ideas francesas con su vieja conciencia filosófica, o, más exactamente, a asimilarse las ideas francesas partiendo de sus propias opiniones filosóficas.

Y se las asimilaban como se asimila en general una lengua extranjera: por la traducción.

Se sabe cómo los frailes superpusieron sobre los manuscritos de las obras

clásicas del antiguo paganismo las absurdas descripciones de la vida de los santos católicos. Los literatos alemanes procedieron inversamente con respecto a la literatura profana francesa. Deslizaron sus absurdos filosóficos bajo el original francés. Por ejemplo: bajo la crítica francesa de las funciones

- del dinero, escribían: "enajenación de la esencia humana"; bajo la crítica francesa del Estado burgués, decían: "eliminación del poder de lo universal abstracto", y así sucesivamente.

A esta interpolación de su fraseología filosófica en la crítica francesa le dieron el nombre de "filosofía de la acción", "socialismo verdadero", "ciencia alemana del socialismo", "fundamentación filosófica del socialismo", etc.

De esta manera fue completamente castrada la literatura socialista-comunista francesa. Y como en manos de los alemanes dejó de ser expresión de la lucha de una clase contra otra, los alemanes se imaginaron estar muy por encima de la "estrechez francesa" y haber defendido, en lugar de las verdaderas necesidades, la necesidad de la verdad, en lugar de los intereses del proletariado, los intereses de la esencia humana, del hombre en general, del hombre que no pertenece a ninguna clase ni a ninguna realidad y que no existe más que en el cielo brumoso de la fantasía filosófica.

Este socialismo alemán, que tomaba tan solemnemente en serio sus torpes ejercicios de escolar y que con tanto estrépito charlatanesco los lanzaba a los cuatro vientos, fue perdiendo poco a poco su inocencia pedantesca.

La lucha de la burguesía alemana, y principalmente de la burguesía prusiana, contra los feudales y la monarquía absoluta, en una palabra, el movimiento liberal, adquiriría un carácter más serio.

De esta suerte, ofrecióse al "verdadero" socialismo la ocasión tan deseada de contraponer al movimiento político las reivindicaciones socialistas, de fulminar los anatemas tradicionales contra el liberalismo, contra el Estado representativo, contra la competencia burguesa, contra la libertad burguesa de prensa, contra el derecho burgués, contra la libertad y la igualdad burguesas y de predicar a las masas populares que ellas no tenían nada que ganar, y que más bien perderían *todo* en este movimiento burgués. El socialismo alemán olvidó muy a propósito que la crítica francesa, de la cual era un simple eco insípido, suponía la sociedad burguesa moderna, con las correspondientes condiciones materiales de vida y una constitución política adecuada, es decir, precisamente las premisas que todavía se trataba de conquistar en Alemania.

Para los gobiernos absolutos de Alemania, con su séquito de clérigos, de mentores, de hidalgos rústicos y de burócratas, este socialismo se convirtió en un espantajo propicio contra la burguesía que se levantaba amenazadora.

Formó el complemento dulzarrón de los amargos latigazos y tiros con que esos mismos gobiernos respondían a los alzamientos de los obreros alemanes.

Si el "verdadero" socialismo se convirtió de este modo en un arma en

manos de los gobiernos contra la burguesía alemana, representaba además, directamente, un interés reaccionario, el interés del pequeño-burgués alemán. La pequeña burguesía, legada por el siglo XVI, y desde entonces renacida sin cesar bajo diversas formas, constituye para Alemania la verdadera base social del orden establecido.

Mantenerla es conservar en Alemania el orden establecido. La supremacía industrial y política de la burguesía la amenaza con una muerte cierta: de una parte, por la concentración de los capitales, y de otra, por el desarrollo de un proletariado revolucionario. A la pequeña burguesía le pareció que el "verdadero" socialismo podía matar los dos pájaros de un tiro. Y éste se propagó como una epidemia.

Tejido con los hilos de araña de la especulación, bordado de flores retóricas y bañado por un rocío sentimental, ese ropaje fantástico en que los socialistas alemanes envolvieron sus tres o cuatro descarnadas "verdades eternas", no hizo sino aumentar la demanda de su mercancía entre semejante público.

Por su parte, el socialismo alemán comprendió cada vez mejor que, estaba llamado a ser el representante pomposo de esta pequeña burguesía..

Proclamó que la nación alemana era la nación modelo y el mesócrata alemán el hombre modelo. A todas las infamias de este hombre modelo les dio un sentido oculto, un sentido superior y socialista, contrario a lo que era en realidad. Fue consecuente hasta el fin, manifestándose de un modo abierto contra la tendencia "brutalmente destructiva" del comunismo y declarando su imparcial elevación por encima de todas las luchas de clases. Salvo muy raras excepciones, todas las obras llamadas socialistas que circulan en Alemania pertenecen a esta inmundicia y enervante literatura. *

2. *El socialismo conservador o burgués*

Una parte de la burguesía desea remediar los males sociales con el fin de consolidar la sociedad burguesa.

A esta categoría pertenecen los economistas, los filántropos, los humanitarios, los que pretenden mejorar la suerte de las clases trabajadoras, los organizadores de la beneficencia, los protectores de animales, los fundadores de las sociedades de templanza, los reformadores domésticos de toda laya. Y hasta se ha llegado a elaborar este socialismo burgués en sistemas completos.

Citemos como ejemplo la *Filosofía de la miseria*, de Proudhon.

Los burgueses socialistas quieren perpetuar las condiciones de vida de la sociedad moderna sin las luchas y los peligros que surgen fatalmente de ellas. Quieren la sociedad actual sin los elementos que la revolucionan y descom-

* La tormenta revolucionaria de 1848 barrió esta miserable escuela y ha quitado a sus partidarios de todo deseo de seguir haciendo socialismo. El principal representante y el tipo clásico de esta escuela es el señor Karl Grün. (Nota de F. Engels a la edición alemana de 1890.)

ponen. Quieren la burguesía sin el proletariado. La burguesía, como es natural, se representa el mundo en que ella domina como el mejor de los mundos. El socialismo burgués hace de esta representación consoladora un sistema más o menos completo. Cuando invita al proletariado a llevar a la práctica su sistema y a entrar en la nueva Jerusalén, no hace otra cosa, en el fondo, que inducirle a continuar en la sociedad actual, pero despojándose de la concepción odiosa que se ha formado de ella.

Otra forma de este socialismo, menos sistemática, pero más práctica, intenta apartar a los obreros de todo movimiento revolucionario, demostrándoles que no es tal o cual cambio político el que podrá beneficiarles, sino solamente una transformación de las condiciones materiales de vida, de las relaciones económicas. Pero, por transformación de las condiciones materiales de vida, este socialismo no entiende, en modo alguno, la abolición de las relaciones de producción burguesas -lo que no es posible más que por vía revolucionaria-, sino únicamente reformas administrativas realizadas sobre la base de las mismas relaciones de producción burguesas, y que, por lo tanto, no afectan a las relaciones entre el capital y el trabajo asalariado, sirviendo únicamente, en el mejor de los casos, para reducirle a la burguesía los gastos que requiere su dominio y para simplificarle la administración de su Estado.

El socialismo burgués no alcanza su expresión adecuada sino cuando se convierte en simple figura retórica.

¡Libre cambio, en interés de la clase obrera! ¡Aranceles protectores, en interés de la clase obrera! ¡Prisiones celulares, en interés de la clase obrera! He ahí la última palabra del socialismo burgués, la única que ha dicho seriamente.

El socialismo burgués se resume precisamente en esta afirmación: los burgueses son burgueses en interés de la clase obrera.

3. *El socialismo y el comunismo crítico-utópicos*

No se trata aquí de la literatura que en todas las grandes revoluciones modernas ha formulado las reivindicaciones del proletariado (los escritos de Babeuf, etc.).

Las primeras tentativas directas del proletariado para hacer prevalecer sus propios intereses de clase, realizadas en tiempos de efervescencia general, en el período del derrumbamiento de la sociedad feudal, fracasaron necesariamente, tanto por el débil desarrollo del mismo proletariado como por la ausencia de las condiciones materiales de su emancipación, condiciones que surgen sólo como producto de la época burguesa. La literatura revolucionaria que acompaña a estos primeros movimientos del proletariado, es forzosamente, por su contenido, reaccionaria. Preconiza un ascetismo general y un burdo igualitarismo.

Los sistemas socialistas y comunistas propiamente dichos, los sistemas de Saint-Simon, de Fourier, de Owen, etc., hacen su aparición en el período

inicial y rudimentario de la lucha entre el proletariado y la burguesía, período descrito anteriormente. (Véase «Burgueses y proletarios».)

Los inventores de estos sistemas, por cierto, se dan cuenta del antagonismo de las clases, así como de la acción de los elementos destructores dentro de la misma sociedad dominante. Pero no advierten del lado del proletariado ninguna iniciativa histórica, ningún movimiento político propio.

Como el desarrollo del antagonismo de clases va a la par con el desarrollo de la industria, ellos tampoco pueden encontrar las condiciones materiales de la emancipación del proletariado, y se lanzan en busca de una ciencia social, de unas leyes sociales que permitan crear esas condiciones.

En lugar de la acción social tienen que poner la acción de su propio ingenio; en lugar de las condiciones históricas de la emancipación, condiciones fantásticas; en lugar de la organización gradual del proletariado en clase, una organización de la sociedad inventada por ellos. La futura historia del mundo se reduce para ellos a la propaganda y ejecución práctica de sus planes sociales.

En la confección de sus planes tienen conciencia, por cierto, de defender ante todo los intereses de la clase obrera, por ser la clase que más sufre. El proletariado no existe para ellos sino bajo el aspecto de la clase que más padece.

Pero la forma rudimentaria de la lucha de clases, así como su propia posición social, les lleva a considerarse muy por encima de todo antagonismo de clase. Desean mejorar las condiciones de vida de todos los miembros de la sociedad incluso de los más privilegiados. Por eso, no cesan de apelar a toda la sociedad sin distinción, e incluso se dirigen con preferencia a la clase dominante. Porque basta con comprender su sistema, para reconocer que es el mejor de todos los planes posibles de la mejor de todas las sociedades posibles.

Repudian, por eso, toda acción política, y en particular, toda acción revolucionaria; se proponen alcanzar su objetivo por medios pacíficos, intentando abrir camino al nuevo evangelio social valiéndose de la fuerza del ejemplo, por medio de pequeños experimentos, que, naturalmente, fracasan siempre.

Estas fantásticas descripciones de la sociedad futura, que surgen en una época en que el proletariado, todavía muy poco desarrollado, considera aún su propia situación de una manera también fantástica, provienen de las primeras aspiraciones de los obreros, llenas de profundo presentimiento, hacia una completa transformación de la sociedad.

Mas estas obras socialistas y comunistas encierran también elementos críticos. Atacan todas las bases de la sociedad existente. Y de este modo han proporcionado materiales de un gran valor para instruir a los obreros. Sus tesis positivas referentes a la sociedad futura, tales como la supresión del contraste entre la ciudad y el campo, la abolición de la familia, de la ganancia

- privada y del trabajo asalariado, la proclamación de la armonía social y la transformación del Estado en una simple administración de la producción; todas estas tesis no hacen sino enunciar la eliminación del antagonismo de clase, antagonismo que comienza solamente a perfilarse y del que los inventores de sistemas no conocen todavía sino las primeras formas indistintas y confusas. Así, estas tesis tampoco tienen más que un sentido puramente utópico.

La importancia del socialismo y del comunismo crítico-utópicos está en razón inversa al desarrollo histórico. A medida que la lucha de clases se acentúa y toma formas más definidas, el fantástico afán de ponerse por encima de ella, esa fantástica oposición que se le hace, pierde todo valor práctico, toda justificación teórica. He ahí por qué si en muchos aspectos los autores de esos sistemas eran revolucionarios, las sectas formadas por sus discípulos son siempre reaccionarias, pues se aferran a las viejas concepciones de sus maestros, a pesar del ulterior desarrollo histórico del proletariado. Buscan, pues, y en eso son consecuentes, embotar la lucha de clases y conciliar los antagonismos. Continúan soñando con la experimentación de sus utopías sociales; con establecer falansterios aislados, crear *home-colonies* en sus países o fundar una pequeña Icaria * edición en dozavo de la nueva Jerusalén. Y para la construcción de todos estos castillos en el aire se ven forzados a apelear a la filantropía de los corazones y de los bolsillos burgueses. Poco a poco van cayendo en la categoría de los socialistas reaccionarios o conservadores descritos más arriba y sólo se distinguen de ellos por una pedantería más sistemática y una fe supersticiosa y fanática en la eficacia milagrosa de su ciencia social.

Por eso se oponen con encarnizamiento a todo movimiento político de la clase obrera, pues no ven en él sino el resultado de una ciega falta de fe en el nuevo evangelio.

Los owenistas, en Inglaterra, reaccionan contra los cartistas, y los fourieristas, en Francia, contra los reformistas.**

* *Falansterios* se llamaban las colonias socialistas proyectadas por Charles Fourier. Icaria era el nombre dado por Cabet a su país utópico y más tarde a su colonia comunista en América. (Nota de F. Engels a la edición inglesa de 1888.)

Owen llamó a sus sociedades comunistas modelo *home-colonies* (colonias interiores). El falansterio era el nombre de los palacios sociales proyectados por Fourier. Llámase Icaria el país fantástico-utópico, cuyas instituciones comunistas describía Cabet. (Nota de F. Engels a la edición alemana de 1890.)

** Se refiere a los partidarios del periódico *La Réforme*, que se publicó en París entre los años 1843 y 1850. (Er/J)

IV ACTITUD DE LOS COMUNISTAS RESPECTO DE LOS DIFERENTES PARTIDOS DE OPOSICIÓN

Después de lo dicho en el capítulo II, la actitud de los comunistas respecto de los partidos obreros ya constituidos se explica por sí misma, y por lo tanto su actitud respecto de los cartistas de Inglaterra y los partidarios de la reforma agraria en América del Norte.

Los comunistas luchan por alcanzar los objetivos e intereses inmediatos de la clase obrera; pero, al mismo tiempo, defienden también, dentro del movimiento actual, el porvenir de ese movimiento. En Francia, los comunistas se suman al Partido Socialista Democrático * contra la burguesía conservadora y radical, sin renunciar, sin embargo, al derecho de criticar las ilusiones y los tópicos legados por la tradición revolucionaria.

En Suiza apoyan a los radicales, sin desconocer que este partido se compone de elementos contradictorios, en parte de burgueses radicales.

Entre los polacos, los comunistas apoyan al partido que ve en una revolución agraria la condición de la liberación nacional; es decir, al partido que provocó en 1846 la insurrección de Cracovia.

En Alemania, el Partido Comunista lucha al lado de la burguesía, en tanto que ésta actúa revolucionariamente contra la monarquía absoluta, la propiedad territorial feudal y la pequeña burguesía reaccionaria.

Pero jamás, en ningún momento, se olvida este partido de inculcar a los obreros la más clara conciencia del antagonismo hostil que existe entre la burguesía y el proletariado, a fin de que los obreros alemanes sepan convertir de inmediato las condiciones sociales y políticas que forzosamente ha de traer consigo la dominación burguesa en otras tantas armas contra la burguesía, a fin de que, tan pronto sean derrocadas las clases reaccionarias en Alemania, comience inmediatamente la lucha contra la misma burguesía.

Los comunistas fijan su principal atención en Alemania, porque Alemania se halla en vísperas de una revolución burguesa y porque llevará a cabo esta revolución bajo condiciones más progresivas de la civilización europea en general, y con un proletariado mucho más desarrollado que el de Inglaterra en el siglo XVII y el de Francia en el siglo XVIII, y, por lo tanto, la

* Este partido estaba representado en el parlamento por Ledru-Rollin, en la literatura por Louis Blanc y en la prensa diaria por *La Reforme*. El nombre de Socialista Democrático significaba, en boca de sus inventores, la parte del Partido Democrático o Republicano que tenía un matiz más o menos socialista. (Nota de F. Engels a la edición inglesa de 1888.)

Lo que se llamaba entonces en Francia el Partido Socialista Democrático estaba representado en política por Ledru-Rollin y en la literatura por Louis Blanc, hallábase, pues, a cien mil leguas de la socialdemocracia alemana de nuestro tiempo. (Nota de F. Engels a la edición alemana de 1890.)

revolución burguesa alemana no podrá ser sino el preludio inmediato de una revolución proletaria.

En resumen, los comunistas apoyan por doquier todo movimiento revolucionario contra el régimen social y político existente.

En todos estos movimientos ponen en primer término, como cuestión fundamental del movimiento, la cuestión de la propiedad, cualquiera que sea la forma más o menos desarrollada que ésta revista.

En fin, los comunistas trabajan en todas partes por la unión y el acuerdo entre los partidos democráticos de todos los países.

Los comunistas consideran indigno ocultar sus ideas y propósitos. Proclaman abiertamente que sus objetivos sólo pueden ser alcanzados derrocando por la violencia todo el orden social existente. Las clases dominantes pueden temblar ante una Revolución Comunista. Los proletarios no tienen nada que perder en ella más que sus cadenas. Tienen, en cambio, un mundo que ganar.

¡PROLETARIOS DE TODOS LOS PAISES, UNIOS!

Escrito por C. Marx y F. Engels en diciembre de 1847-enero de 1848.

Publicado por primera vez en folleto aparte en alemán en Londres, en febrero de 1848.

Se publica de acuerdo con el texto de la edición alemana de 1890 cotejado con las ediciones de 1848, 1872 y 1883.

Traducido del alemán.

El Manifiesto Comunista

Eric Hobsbawm*

I

EN la primavera de 1847, Karl Marx y Frederick Engels acordaron unirse a la denominada liga de los Justos (Bund der Gerechten) y abandonar la anterior liga de los Fuera de la Ley (Bund der Geachteten), una sociedad revolucionaria secreta formada en París en los años treinta del siglo XIX, bajo la influencia revolucionaria francesa, por jornaleros alemanes -principalmente sastres y carpinteros- y que todavía estaba compuesta principalmente por artesanos radicales exiliados. La liga, convencida de su "comunismo crítico", ofreció publicar como documento político propio y fundamental un borrador de manifiesto, y también modernizar su organización según sus directrices. En realidad se reorganizó en el verano de 1847, y pasó a denominarse liga de los Comunistas (Bund der Kornmunisten), y comprometerse con "derrocar a la burguesía, implantar el gobierno del proletariado, poner fin a la vieja sociedad que descansa en la contradicción de clases (*Klassengegensaitzen*) y establecer una nueva sociedad sin clases ni propiedad privada". Un segundo congreso de la liga, que también se realizó en Londres durante los meses de noviembre y diciembre de 1847, aceptó formalmente los objetivos y nuevos estatutos e invitó a Marx y a Engels a realizar el borrador de un nuevo manifiesto que expusiera los objetivos y políticas de la liga.

Aunque tanto Marx como Engels prepararon los borradores, y el documento representa claramente los puntos de vista de ambos, el texto final fue escrito casi en su totalidad por Marx, después de un rígido recordatorio por parte de la ejecutiva, porque a Marx, en este caso y en otros, le resultaba difícil terminar sus textos excepto con la presión de un plazo de entrega inamovible. La virtual ausencia de primeros borradores puede sugerir que se escribió con rapidez.¹ El documento resultante, de 23 páginas, titulado *Manifiesto del Partido Comunista* (que desde 1872 se conoce en general como *Manifiesto Comunista*) fue "publicado en febrero de 1848", impreso en la oficina de la Asociación Educativa de los Trabajadores (más conocida como Communisticher Arbeiterbildungsverein, que sobrevivió hasta 1914) en el 46 de Liverpool Street de la ciudad de Londres.

En 1998 conmemoramos el 150 aniversario de la publicación de este pequeño panfleto, que es ciertamente con diferencia el escrito político más influyente desde la *Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano*.

* Historiador. Catedrático de Economía e Historia Social. Profesor en la *New York School* de Nueva York.

no de la Francia revolucionaria. Tuvo la buena suerte de salir a la calle sólo una semana o dos antes del surgimiento de las revoluciones de 1848, que se propagaron como fuego de bosque desde París por todo el continente europeo. Aunque su horizonte era firmemente internacional -la primera edición anunciaba con entusiasmo pero equivocadamente la inminente publicación del *Manifiesto* en inglés, francés, italiano, flamenco y español- al principio su efecto fue exclusivamente alemán. Aunque la Liga Comunista fuera pequeña, jugó un papel no insignificante en la revolución alemana, como también el periódico *Neue Rheinische Zeitung* (1848-1849), que editaba Marx. La primera edición del *Manifiesto* se reimprimió tres veces en unos pocos meses, apareció por entregas en el *Deutsche Londoner Zeitung*, se reeditó y corrigió en abril o mayo de 1848 en 30 páginas, pero se perdió de vista con el fracaso de las revoluciones de 1848. En la época en que Marx se estableció en su exilio de por vida en Inglaterra en 1849, se había convertido en algo tan escaso que Marx pensó que merecía la pena reimprimir la sección III del *Manifiesto* ("Socialistische und kommunistische Literatur") en el último número de su periódico londinense, *Neue Rheinische Zeitung, politischökonomische Revue* (noviembre de 1850), que apenas tenía lectores.

Nadie habría previsto un gran futuro para este documento en los años cincuenta y principios de los sesenta. Se publicó una pequeña edición privada en Londres por parte de un impresor emigrado alemán, probablemente en 1864, y otra pequeña edición en Berlín en 1866, la primera que se publicó en realidad en Alemania. Entre 1848 y 1868 parece que no hubo traducciones, aparte de la versión sueca, publicada probablemente a finales de 1848, y de una versión inglesa en 1850, significativa en la historia bibliográfica del *Manifiesto* sólo porque la traductora parece haber consultado a Marx o (por vivir ella en Lancashire) más probablemente a Engels. Ambas versiones desaparecieron sin dejar huella. A mediados de los sesenta, prácticamente nada que Marx hubiera escrito en el pasado estaba publicándose.

La prominencia de Marx en la Asociación Internacional de Trabajadores (la denominada "Primera Internacional", 1864-1872) y la aparición, en Alemania, de dos importantes partidos de la clase trabajadora, ambos fundados por antiguos miembros de la Liga Comunista, que le otorgaban gran estima, llevó a que se reavivara el interés por el *Manifiesto*, así como por sus otros escritos. En particular, su defensa elocuente de la Comuna de París de 1871 (conocida en general como *La guerra civil en Francia*) le dio considerable notoriedad en la prensa como peligroso líder de la subversión internacional, temida por los gobiernos. Más en concreto, el proceso por traición contra los líderes socialdemócratas alemanes, Wilhelm Liebknecht, August Bebel, y Adolf Hepner, en marzo de 1872 dio al documento una inesperada publicidad. La acusación leyó el texto del *Manifiesto* para que constara en el sumario del tribunal, y de esta manera dio a los socialdemócratas su primera oportunidad de publicarlo legalmente, y en gran tirada, como parte del sumario

del tribunal. Como estaba claro que un documento publicado antes de la revolución de 1848 necesitaba cierta actualización y comentarios explicativos, Marx y Engels redactaron la primera serie de prefacios que han acompañado desde entonces a las nuevas ediciones del *Manifiesto*.² Por razones legales el prefacio no se pudo distribuir ampliamente a tiempo, pero de hecho la edición de 1872 (basada en la edición de 1866) se convirtió en la base de todas las ediciones posteriores. Mientras tanto, entre 1871 y 1873, aparecieron al menos nueve ediciones del *Manifiesto* en seis idiomas.

Durante los cuarenta años siguientes el *Manifiesto* conquistó el mundo, de la mano del ascenso de los nuevos partidos laboristas (socialistas), en los cuales la influencia marxista se incrementó rápidamente en los años ochenta. Ninguno de ellos eligió ser conocido como Partido Comunista hasta que los bolcheviques rusos volvieron a su título original después de la Revolución de Octubre, pero el título de *Manifiesto del Partido Comunista* se mantuvo sin cambios. Incluso antes de la Revolución Rusa de 1917, se habían publicado centenares de ediciones en unos treinta idiomas, incluyendo tres ediciones en japonés y una en chino. No obstante, su principal región de influencia fue el cinturón central de Europa, desde Francia por el oeste a Rusia por el este. No es sorprendente que el mayor número de ediciones se publicara en ruso (70) y otras 35 en los idiomas del imperio zarista: 11 en polaco, 7 en yiddish, 6 en finés, 5 en ucraniano, 4 en georgiano, 2 en armenio. Se realizaron 55 ediciones en alemán y, para el imperio austrohúngaro, otras 9 en húngaro y 8 en checo (pero sólo tres en croata y una en eslovaco y otra en esloveno), 34 en inglés (cubriendo también los EE.UU., donde la primera traducción se realizó en 1871), 26 en francés y 11 en italiano; la primera no se realizó hasta 1889.³ Su impacto en la Europa suroccidental fue pequeño: seis ediciones en español (incluyendo las ediciones latinoamericanas), una en portugués. También fue pequeño en la Europa suroriental (7 ediciones en búlgaro, 4 en serbio, 4 en romano, 1 edición en ladino, publicada presumiblemente en Salónica). La Europa del norte estaba bien representada con 2 ediciones en danés, 5 en sueco y 2 en noruego.⁴

La desigual distribución geográfica reflejó no sólo el desigual desarrollo del movimiento socialista, y la propia influencia de Marx, a diferencia de lo que ocurre con otras ideologías como el anarquismo, también nos recuerda que no existió una correlación entre el tamaño y poder del movimiento socialdemócrata y de los partidos laboristas y la circulación del *Manifiesto*. De este modo, hasta 1905 el Partido Socialdemócrata Alemán (SPD), con sus cientos de miles de miembros y millones de votantes, publicó nuevas ediciones del *Manifiesto* en tiradas de no más de 2.000-3.000 copias. El *Programa de Erfurt* de 1891 se publicó con un total de 120.000 copias, mientras que parece que no se publicaron más de 16.000 copias del *Manifiesto* entre 1895 y 1905, año en que la circulación de su revista teórica, *Die Neue Zeit*, era de 6.400 ejemplares.⁵ No se preveía que el miembro promedio de un partido

3
p
=

socialdemócrata de masas y marxista tuviera que aprobar exámenes sobre teoría. Por el contrario, las 70 ediciones prerrevolucionarias rusas se refieren a todas las organizaciones en su conjunto, ilegales la mayor parte de las veces, y la suma de sus miembros no pudo ser superior a unos pocos miles. De la misma manera, las 34 ediciones inglesas fueron publicadas por toda una galaxia de sectas marxistas del mundo anglosajón que operaban en el flanco izquierdo de los partidos laboristas y socialistas ya existentes. Se trataba de un medio en que la "pureza de un camarada se podía medir invariablemente por el número de citas que hacía a su *Manifiesto*".⁶ En pocas palabras, los lectores del *Manifiesto*, aunque eran parte de los nuevos y emergentes partidos y movimientos socialistas, no constituían con casi total certeza una muestra representativa de sus miembros. Se trataba de hombres y mujeres con un interés especial en la teoría que subyace a tales movimientos. Probablemente esto sigue siendo cierto.

Esta situación cambió después de la Revolución de Octubre, en todos los casos en los partidos comunistas. A diferencia de los partidos de masas de la Segunda Internacional (1889-1914), los de la Tercera (1919-1943) esperaban que todos sus miembros comprendieran o al menos mostraran ciertos conocimientos de la teoría marxista. La dicotomía entre líderes políticos eficaces sin interés por los textos escritos y los "teóricos" como Karl Kautsky, conocidos y respetados como tales, pero no como políticos prácticos que toman las decisiones, se difuminó. Después de Lenin se suponía que todos los líderes eran importantes teóricos, ya que todas las decisiones se justificaban sobre el análisis marxista o, con más probabilidad, por referencia a la autoridad textual de "los clásicos", Marx, Engels, Lenin, cuando fue adecuado, Stalin. La publicación y distribución popular de los textos de Marx y Engels se convirtió en un aspecto más central para el movimiento que en los días de la Segunda Internacional. Dichas publicaciones iban desde una serie de pequeños textos escritos, de los que fue pionero el *Elementarbücher des Kommunismus* alemán durante la República de Weimar, y un compendio adecuado de lecturas, desde la inestimable *Correspondencia selecta de Marx y Engels* a las Obras Selectas de Marx y Engels, primero en dos y luego en tres volúmenes, y la preparación de sus Obras Completas (*Gesamtausgabe*); respaldados todos por los recursos -para este efecto ilimitados- del Partido Comunista soviético, e impresos a menudo en la Unión Soviética en diversos idiomas extranjeros. El *Manifiesto Comunista* se benefició de esta nueva situación de tres maneras. Su circulación creció indudablemente. La edición económica publicada en 1932 por las editoriales oficiales de los partidos comunistas británico y americano en "cientos de miles de copias" se ha descrito como "probablemente la mayor edición de masas realizada nunca en inglés".⁷ Su título ya no era un tema de supervivencia histórica, sino que estaba ligado directamente a la política actual. Como entonces existía un importante Estado que reclama la representación de la ideología marxista, se

reforzó el valor del *Manifiesto* como texto en la ciencia política, y por ello entró en el programa de enseñanza de las universidades, estando destinado a expandirse rápidamente después de la Segunda Guerra Mundial, y que iba a encontrar su público más entusiasta en el marxismo de los lectores intelectuales en los años sesenta y setenta.

La URSS salió de la Segunda Guerra Mundial convertida en una de las dos superpotencias del mundo, encabezando una amplia región de Estados y dependencias comunistas. Los partidos comunistas occidentales (con la notable excepción del alemán) salieron mucho más fortalecidos de lo que nunca pareciera probable. Aunque había comenzado la Guerra Fría, en el año de su centenario, el *Manifiesto* ya no era publicado exclusivamente por comunistas o por otros editores marxistas, sino en ediciones grandes por editores no políticos con introducciones de académicos famosos. En pocas palabras, ya no era sólo un documento marxista sino que se había convertido en un clásico político a secas.

Sigue siéndolo, incluso después del fin del comunismo soviético y del declive de los partidos y movimientos marxistas en muchas partes del mundo. En Estados sin censura, casi todos los que tengan acceso a una buena librería y ciertamente todos los que tengan acceso a una buena biblioteca pueden acceder a este libro. El objeto de una nueva edición en su 150 aniversario ya no es, por tanto, hacer disponible el texto de esta sorprendente obra maestra, y aún menos revisitar todo un siglo de debates doctrinales acerca de la "correcta" interpretación de este documento fundamental del marxismo. El objetivo es recordarnos a nosotros mismos que el *Manifiesto* aún tiene mucho que decir al mundo en los albores del siglo XXI.

¿Qué tiene que decirnos?

Es, por supuesto, un documento escrito para un momento particular de la historia. Alguna de sus partes quedó obsoleta casi inmediatamente: por ejemplo, las tácticas recomendadas para los comunistas alemanes, que no fueron de hecho quienes las aplicaron en la revolución de 1848 y en sus consecuencias. Otras partes quedaron obsoletas a medida que se ampliaba el plazo que separaba a los lectores de la fecha en que fue escrito. Guizot y Metternich se han retirado a los libros de historia desde sus puestos de gobierno, el zar ya no existe (aunque sí el Papa). En cuando a la discusión de la "literatura socialista y comunista", Marx y Engels mismos admitieron en 1872 que incluso entonces estaba obsoleto.

Y más sobre este aspecto: con el transcurso del tiempo el idioma del *Manifiesto* ya no era el de los lectores. Por ejemplo, se ha hablado mucho de la frase de que el avance de la sociedad burguesa había rescatado "a una parte considerable de la población de la idiocia de la vida rural". Pero si bien no

hay dudas de que Marx en su tiempo compartía el desprecio habitual del habitante de las ciudades, así como la ignorancia hacia el medio campesino, la frase real y analíticamente más interesante ("dem Idiotismus des Landlebens entrisseln") no se refería a la "estupidez", sino a los "estrechos horizontes" o al "aislamiento de una sociedad más amplia" en los que vivía la gente del medio rural. Es un eco del significado original del término griego *idiotes*, del que deriva el término actual "idiota" o "idiocia", a saber "una persona que se ocupa sólo de sus asuntos privados y no de los de la comunidad más amplia". En el curso de las décadas que han transcurrido desde los años cuarenta del siglo pasado, y en movimientos cuyos miembros, a diferencia de Marx, no habían recibido educación clásica, el sentido original se ha evaporado o se ha leído mal.

Esto resulta incluso más evidente en su vocabulario político. Términos como *Stand* ("hacienda"), *Demokratie* ("democracia") o "Nación/nacional" tienen poca aplicación en la política de finales del siglo xx, o ya no tienen el mismo significado que en el discurso filosófico o político de los años cuarenta del siglo XIX. Para tomar un ejemplo obvio, el "Partido Comunista" del que pretendía ser el *Manifesto* no tiene nada que ver con los partidos de la moderna política democrática o con los "partidos de vanguardia" del comunismo leninista, por dejar de lado los partidos de Estado del tipo soviético y chino. Todavía no existía ninguno de ellos. "Partido" significaba todavía, esencialmente, una tendencia o corriente de opinión o política, aunque Marx y Engels reconocieron en su momento que una vez esta expresión, que se hallaba en los movimientos de clase, desarrollaba cierto tipo de organización ("diese Organisation der Proletariat/zur Klasse, und damit zur politischen Partei"). Por tanto la distinción que aparece en la sección IV entre partidos de "trabajadores ya constituidos... los chartistas de Inglaterra y los reformadores agrarios de Norteamérica" y los otros, no constituidos todavía.⁸ Como ha dejado claro el texto, el Partido Comunista de Marx y Engels de esta etapa no era un tipo de organización, ni intentaba establecer una organización con un programa específico y distinto de otras organizaciones.⁹ A propósito, el organismo real en cuyo nombre se escribió el *Manifesto*, la liga Comunista, no se menciona en él.

Además, está claro que el *Manifesto* no sólo se escribió para una situación histórica particular, sino que representa una fase -relativamente inmadura- en el desarrollo del pensamiento marxista. Esto queda muy claro en sus aspectos económicos. Aunque Marx comenzó a estudiar seriamente economía política en 1843, no había fijado seriamente su análisis económico que se expone en *El Capital* hasta que llegó a su exilio británico después de la revolución de 1848 y obtuvo acceso a los tesoros de la Biblioteca del Museo Británico en el verano de 1850. Por ello la distinción entre la venta que realiza el proletario de su *trabajo* al capitalista y la venta de su *poder laboral*, que resulta esencial para la teoría marxista del valor de la plusvalía y de la

explotación, no se había reflejado claramente en el *Manifiesto*. Tampoco el Marx maduro admitía el punto de vista de que el precio de la mercancía "trabajo" era su coste de producción, es decir, el coste del mínimo fisiológico para mantener vivo al trabajador. En pocas palabras, Marx escribió el *Manifiesto* menos como un economista marxista que como un comunista ricardiano. Y aun así, aunque Marx y Engels recordaron a los lectores que el *Manifiesto* era un documento histórico, desfasado en muchos aspectos, promovieron y ayudaron en la publicación del texto de 1848, con modificaciones y aclaraciones relativamente menores.¹⁰ Reconocieron que era una declaración importante del análisis que distinguía su comunismo de los restantes proyectos para la creación de una sociedad mejor. En esencia este análisis era histórico. Su punto central era la demostración del desarrollo histórico de las sociedades, y de manera específica de la sociedad burguesa, que había sustituido a sus predecesoras, había revolucionado el mundo y, a su vez, había creado necesariamente las condiciones para su inevitable superación. A diferencia de la economía marxista, la "concepción materialista de la historia", que subyace a este análisis, ya había encontrado su formulación madura a mediados de los cuarenta del siglo XIX. Permaneció sin cambios substanciales en años posteriores.¹¹ A este respecto, el *Manifiesto* ya era un documento definidor del marxismo. Incluía la visión histórica, aunque su bosquejo general había de ser rellenado con un análisis más completo.

II

¿ COMO sorprenderá el *Manifiesto* al lector que lo lee por primera vez en 1998? El lector nuevo a duras penas podrá resistirse a la convicción apasionada, la brevedad concentrada, la fuerza intelectual y estilística de este sorprendente panfleto. Se escribió, según se piensa, en una sola ráfaga creativa, en afirmaciones lapidarias que se transforman de por sí, casi de manera natural, en memorables aforismos que se conocen fuera del debate político: desde su inicio, "Un espectro recorre Europa: el espectro del comunismo", hasta el final: "Los proletarios no tienen nada que perder salvo sus cadenas. Tienen todo un mundo que ganar."¹²

También de manera poco común en la redacción alemana del siglo XIX, está escrito en párrafos cortos, apodícticos, principalmente de sólo cinco líneas y en cinco casos, de entre más de doscientos, de quince o más líneas. Sea como fuere, el *Manifiesto Comunista* como retórica política tiene una fuerza casi bíblica. En pocas palabras, es imposible negar su poder de convicción como literatura.¹³

Sin embargo, lo que más sorprenderá al lector contemporáneo es el notable diagnóstico del carácter revolucionario y del impacto de la "sociedad burguesa". El asunto no es simplemente que Marx reconociera y proclamara

los extraordinarios logros y dinamismo de una sociedad que detestaba, para sorpresa de más de un posterior defensor del capitalismo contra la amenaza roja. Es que el mundo transformado por el capitalismo que describió en 1848, en pasajes de elocuencia lacónica y oscura, es, de manera reconocible, el mundo en que vivimos 150 años después. Curiosamente, el optimismo bastante poco realista desde el punto de vista político de dos revolucionarios de veintiocho y treinta años ha demostrado ser la fuerza más duradera del *Manifiesto*. Porque aunque el "espectro del comunismo" perseguía de verdad a los políticos, y aunque Europa estaba viviendo un importante período de crisis económica y social, y estaba a punto de erupcionar la mayor revolución continental de su historia, no existían de manera clara bases para la creencia del *Manifiesto* de que estaba aproximándose el momento de derrocar el capitalismo "la revolución burguesa en Alemania sólo puede ser el preludio de una consiguiente revolución proletaria inmediata"). Por el contrario, como ya conocemos, el capitalismo estaba a punto de lanzarse a su primera era de avance global triunfal.

Lo que da su fuerza al *Manifiesto* son dos cosas. La primera es su visión, incluso al principio de la marcha triunfal del capitalismo, de que su modo de producción no era un permanente y estable "final de la historia", sino una fase temporal en la historia de la humanidad y, como sus predecesoras, una fase que debía ser sustituida por otro tipo de sociedad (a menos -la frase del *Manifiesto* no se ha resaltado mucho- que se fundara "en la ruina común de las clases contendientes"). La segunda es que reconoce las necesarias tendencias históricas a largo plazo del desarrollo del capitalismo. El potencial revolucionario de la economía capitalista era ya evidente: Marx y Engels no pretendían ser los primeros en reconocerlo. Desde la Revolución Francesa algunas de las tendencias que observaron estaban teniendo claramente un efecto sustancial: por ejemplo, el declive de "provincias independientes o sólo ligeramente relacionadas, con intereses distintos, leyes distintas, gobiernos distintos y sistemas fiscales distintos", ante estados-nación "con un gobierno, un código de leyes, un interés de clase nacional, una frontera y unas tarifas aduaneras". Sin embargo, a finales de los cuarenta del siglo XIX, "la burguesía" había logrado algo mucho más modesto que los milagros descritos en el *Manifiesto*. Después de todo, en 1850 el mundo producía no más de 71.000 toneladas de acero (casi el 70 por 100 en Gran Bretaña) y había construido menos de 24.000 millas de ferrocarriles (dos terceras partes de ellos en Gran Bretaña y EE.UU.). Los historiadores no han tenido dificultades para mostrar que, incluso en Gran Bretaña, la Revolución Industrial (un término utilizado específicamente por Engels desde 1844)¹⁴ a duras penas había creado un país predominantemente industrial o incluso urbano antes de los años cincuenta del siglo XIX. Marx y Engels describieron, no el mundo que ya había sido transformado por el capitalismo en 1848, sino que predijeron la manera en que estaba destinado a transformarlo desde el punto de vista lógico.

Nosotros vivimos hoy en un mundo en el cual ya ha tenido lugar hace tiempo esta transformación, incluso aunque los lectores del *Manifiesto* del tercer milenio según el calendario occidental observarán sin dudas que se ha avanzado aún más desde 1998. En cierta forma, podemos ver la fuerza de las predicciones del *Manifiesto* más claramente que las generaciones que median entre nosotros y su publicación. Porque hasta la revolución en el transporte y las comunicaciones desde la Segunda Guerra Mundial, existían límites a la globalización de la producción, para dar "un carácter cosmopolita a la producción y consumo de todos los países". Hasta los años setenta de este siglo, la industrialización estaba fundamentalmente confinada a sus regiones de origen. Algunas escuelas marxistas podrían argüir que el capitalismo, al menos en su forma imperialista, que, hasta el momento, ha "obligado a todas las naciones, con miedo por su extinción, a adoptar el modo burgués de producción", estaba por naturaleza perpetuando, o incluso creando "subdesarrollo" en el denominado Tercer Mundo. Mientras que un tercio de la humanidad vivía en economías de tipo comunismo soviético, parecía que el capitalismo nunca lograría obligar a todas las naciones "a ser burguesas". No "crearía un mundo a semejanza de su propia imagen". También, antes de la década de 1960, el anuncio del *Manifiesto* de que el capitalismo conllevaría la destrucción de la familia no parecía haberse verificado, incluso en los países occidentales avanzados, donde hoy la mitad de los niños nacen o son educados por madres sin pareja, y la mitad de las viviendas de las grandes ciudades están ocupadas por personas sin pareja.

En pocas palabras, lo que podría haber sorprendido en 1848 a un lector no comprometido confundiéndolo con retórica revolucionaria o, en el mejor de los casos, como una predicción plausible, se puede leer ahora como caracterización concisa del capitalismo a finales del siglo xx. ¿De qué otro documento de aquella época se podría decir lo mismo?

III

SIN embargo, si al final del milenio debemos estar sorprendidos por la agudeza de la visión del *Manifiesto* sobre un capitalismo masivamente globalizado, el fracaso de otra de sus previsiones es igualmente sorprendente. Hoy es evidente que la burguesía no ha producido "ante todo, sus propios sepultureros", el proletariado. "Su caída y la victoria del proletariado" no han demostrado ser "igualmente inevitables". El contraste entre las dos mitades del análisis del *Manifiesto* en su sección "Burgueses y proletarios" exige más explicaciones después de 150 años que en el momento de su centenario.

El problema no radica en la visión de Marx y Engels de un capitalismo que ha transformado necesariamente la forma en que las personas se ganan la vida en esta economía en hombres y mujeres que dependen para ganarse la

vida de contratarse por una nómina o un salario. Indudablemente se ha producido una tendencia en esta dirección, incluso hoy cuando los ingresos de algunos que son, desde el punto de vista técnico, empleados por un salario, como los ejecutivos de empresa, difícilmente se pueden considerar proletarios. Tampoco subyace esencialmente en su creencia de que la mayoría de esta población trabajadora consistiría en una fuerza de trabajo compuesta por trabajadores *industriales*. Mientras que Gran Bretaña se ha convertido en un país muy excepcional en el cual los trabajadores manuales pagados por nómina formaban la mayoría absoluta de la población, el desarrollo de la producción industrial requirió un aporte masivo y creciente de trabajo manual durante más de un siglo después del *Manifiesto*. Por supuesto que este ya no es el caso en la producción industrial moderna, intensiva en capital y de alta tecnología, una evolución que no había considerado el *Manifiesto*, aunque en sus estudios económicos más maduros del mismo Marx se atisbaba el posible desarrollo de una economía con cada vez menos mano de obra, al menos en la era postcapitalista.¹⁵ Incluso en las viejas economías industriales del capitalismo, el porcentaje de personas empleadas en la industria manufacturera permaneció estable hasta la década de 1970, excepto en EE.UU., donde el declive se planteó un poco antes. Ciertamente, con unas pocas excepciones como Gran Bretaña, Bélgica y los EE.UU., los trabajadores industriales de 1970 formaban el mayor porcentaje de la población total ocupada en el mundo industrial y en industrialización que nunca se había alcanzado.

En cualquier caso, el derrocamiento del capitalismo que se atisba en el *Manifiesto* no descansaba en la previa transformación de la *mayoría* de la población ocupada en proletarios, sino que suponiendo que la situación del proletariado fuera tal que, una vez organizados como movimiento de clase necesariamente político, podría dar lugar, o podría lanzar, el descontento de otras clases, y por tanto adquirir poder político como "movimiento independiente de la inmensa mayoría en interés de la inmensa mayoría". Por tanto, el proletariado "elevarse para ser la principal clase política de la nación... constituir en sí mismo la nación".¹⁶

Como el capitalismo no ha sido derrocado podemos rechazar esta predicción. Sin embargo, por muy improbable que se considerara en 1848, la política de la mayoría de los países europeos se iba a transformar por el ascenso de los movimientos políticos organizados que se basaban en la clase trabajadora con conciencia, que había hecho apenas aparición fuera de Gran Bretaña. Los partidos laboristas y socialistas emergieron en la mayor parte del mundo "desarrollado" en la década de los ochenta del siglo XIX, se convirtieron en partidos de masas en estados con muy pocas de las facilidades democráticas que hicieron tanto por conseguir. Durante la Primera Guerra Mundial y después, cuando una de las ramas de los "partidos proletarios" siguió la vía revolucionaria de los bolcheviques, otras ramas se convirtieron en pilares de sostén del capitalismo democratizado. La rama bolchevique ya

no tiene mucha significación en Europa, o bien los partidos de este tipo se han asimilado a la socialdemocracia. La socialdemocracia, tal y como se entendía en los días de Bebel o incluso de Clement Attlee, está realizando una lucha de retaguardia en la década de 1890. Sin embargo, en el momento de escribir este texto (1997), los descendientes de los partidos socialdemócratas de la Segunda Internacional, a veces con sus nombres originales, son partidos de gobierno en todos los Estados europeos menos dos (España y Alemania), y en ambos han estado en el gobierno y es probable que lo estén de nuevo.

En pocas palabras, la que está equivocada no es la predicción del *Manifiesto* sobre el papel central de los movimientos políticos basados en la clase trabajadora (y que a veces llevan aún el nombre de clase, como en los partidos laboristas británico, el holandés, el noruego y australiano). Es la proposición de que "de todas las clases que se enfrentan hoy día a la burguesía, sólo el proletariado es la clase realmente revolucionaria", cuyo destino inevitable, implícito en la naturaleza y desarrollo del capitalismo, es derrocar a la burguesía: "Su caída y la victoria del proletariado son igualmente inevitables."

Incluso en los "hambrientos años cuarenta", el mecanismo para asegurar tal cosa, a saber, la depauperación inevitable de los trabajadores,¹⁷ no era totalmente convincente; a menos que se acepte el supuesto, implausible incluso entonces, de que el capitalismo estaba en su crisis final y próximo a ser derrocado *inmediatamente*. Se trataba de un mecanismo doble. Además del efecto de la depauperación sobre el movimiento de los trabajadores, se demostraba que la burguesía no estaba en "condiciones de mandar debido a que era incompetente para garantizar la existencia a sus esclavos dentro de su pobreza, porque no puede ayudarles dejando que se hundan en tal estado, donde tenían que alimentarlos a ellos, en lugar que los esclavos la alimentasen a ella". Lejos de suministrarles los beneficios que propulsaba el motor del capitalismo, el trabajo los consumía. Pero, debido al enorme potencial económico del capitalismo que se indica en el *Manifiesto* mismo, ¿por qué era inevitable que el capitalismo no pudiera suministrar los ingresos vitales, aunque fueran miserables, a la mayoría de su clase trabajadora o, de manera alternativa, mediante un sistema de asistencia social?

¿Que la "depauperación [en su sentido estricto, véase la nota 17] se desarrolla más rápidamente que la población y la riqueza"?¹⁸ Si el capitalismo tenía una larga vida por delante, como quedó muy claro muy poco después de 1848, esto no tenía por qué pasar y en realidad no ha ocurrido.

La visión del *Manifiesto* sobre el desarrollo histórico de la "sociedad burguesa", incluyendo la clase trabajadora que generó, no dio lugar *necesariamente* a la conclusión de que el proletariado derrocaría al capitalismo y, al hacerlo así, abrió la vía para el desarrollo del comunismo, porque la visión y la conclusión no se derivan del mismo análisis. El objetivo del comunismo, adoptado antes de que Marx se hiciera "marxista", no se derivaba del análisis

de la naturaleza y desarrollo del capitalismo, sino del argumento filosófico, ciertamente escatológico, acerca de la naturaleza y destino humanos. La idea -fundamental para Marx y para sus seguidores posteriores- de que el proletariado era una clase que no se podía liberar a sí misma sin liberar simultáneamente a la sociedad en su conjunto, aparece primero como "una deducción filosófica más que un producto de la observación".¹⁹ Como señala George Lichtheim: "el proletariado hace su primera aparición en los escritos de Marx como fuerza social necesaria para realizar los objetivos de la filosofía alemana" tal y como Marx los veía en 1843-1844.²⁰

La posibilidad "positiva" de la emancipación alemana, escribió en *Introducción a la crítica de la filosofía de Hegel de la Ley*, descansa "en la formación de una clase con *cadena radical*... una clase que es la disolución de todas las clases, una esfera de la sociedad que tiene un carácter universal porque sus sufrimientos son universales y que no exige ningún *derecho particular* porque el error cometido con ella no es un *error particular*, sino un *error como tal*... Esta disolución de la sociedad en tanto que clase particular es el *proletariado*... La emancipación de los alemanes es la emancipación del *ser humano*. La *Filosofía* es la *cabeza* de tal emancipación y el *proletariado* es el *corazón*. La filosofía no puede realizarse a sí misma sin abolir al proletariado, y el proletariado no se puede abolir sin hacer realidad la filosofía"²¹

En estos momentos Marx conocía muy poco más acerca del proletariado que "va a llegar a Alemania sólo como resultado del creciente desarrollo industrial" y este era precisamente su potencial como fuerza liberadora ya que, desde entonces, a diferencia de las masas pobres de la sociedad tradicional, era hijo de una "*drástica disolución de la sociedad*" y, por lo tanto, su existencia "proclamaba la disolución de orden existente en el mundo hasta ese momento". Conocía incluso menos de los movimientos de los trabajadores, aunque conocía mucho de la historia de la Revolución Francesa. En Engels logró un socio que aportó a la asociación el concepto de "Revolución Francesa", una comprensión de la dinámica de la economía capitalista tal y como existía en realidad en Gran Bretaña, y los rudimentos del análisis económico,²² y ambas cosas le llevaron a predecir una revolución social futura, que haría una clase trabajadora real, acerca de la cual, por haber vivido y trabajado en la Gran Bretaña a inicios de los años cuarenta del siglo XIX, conocía mucho. Los enfoques de Marx y Engels del "proletariado" y el comunismo se complementaban el uno con el otro. Lo mismo ocurría con su concepción de la lucha de clases como motor de la historia, en el caso de Marx se derivaba fundamentalmente del período revolucionario francés y en el caso de Engels de la experiencia de los movimientos sociales en la Gran Bretaña postnapoleónica. No es sorpresa que se encontraran (en palabras de Engels) en "total acuerdo en todos los campos teóricos".²³ Engels aportó a Marx los elementos de un modelo que demostró la naturaleza fluctuante autodesestabilizante de las operaciones de la economía capitalista, y sobre

todo los bosquejos de una teoría de las crisis económicas²⁴ y material empírico acerca del surgimiento del movimiento de la clase trabajadora británica y el papel revolucionario que podría jugar en Gran Bretaña.

En la década de los cuarenta del siglo XIX, la conclusión de que la sociedad estaba a punto de realizar la revolución no era implausible. Ni tampoco la predicción de que la clase trabajadora, aunque inmadura, podría encabezarla. Después de todo, unas semanas después de la publicación del *Manifiesto* un movimiento de los trabajadores de París derrocó la monarquía francesa y dio la señal de la revolución a media Europa. No obstante, la tendencia del desarrollo del capitalismo a generar un proletariado esencialmente revolucionario no se puede deducir a partir del análisis de la natural del desarrollo del capitalismo. Era una consecuencia posible de este desarrollo, pero no se puede mostrar que sea la única posible. Y todavía se puede demostrar menos que el derrocamiento con éxito del capitalismo por parte del proletariado deba abrir necesariamente la vía al desarrollo del comunismo. (El *Manifiesto* sólo dice que entonces se iniciaría un proceso de cambio muy gradual.)²⁵ La visión de Marx de un proletariado cuya misma esencia lo destinara a emancipar a toda la humanidad representa una esperanza leída en su análisis del capitalismo, pero no una conclusión impuesta necesariamente por ese análisis.

A lo que podría llevar indudablemente el análisis que hace del capitalismo el *Manifiesto*, especialmente cuando se extiende al análisis de Marx de la concentración económica, que apenas se sugería en 1848, es a una conclusión más general y menos específica acerca de las fuerzas autodestructivas que conlleva el desarrollo del capitalismo. Debe alcanzar un punto -y en 1998 no sólo los marxistas lo aceptarían- en que "las relaciones burguesas de producción e intercambio, las relaciones burguesas de propiedad, la moderna sociedad burguesa, que ha conjurado tales medios gigantescos de producción e intercambio, es como un brujo que ya no es capaz de controlar los poderes subterráneos que ha invocado... Las relaciones burguesas se han hecho demasiado estrechas como para abarcar la riqueza que han creado".

No es irrazonable concluir que las "contradicciones" inherentes a un sistema de mercado basado en "ningún otro nexo entre seres humanos que los propios intereses al desnudo, el insensible "pago al contado", un sistema de explotación y de acumulación sin fin" nunca pueden superarse; que, en algún punto de la serie de transformaciones y reestructuraciones del desarrollo de este sistema esencialmente autodesestabilizante dará lugar a un estado de cosas que ya no se puede describir como capitalismo. O, para citar al último Marx, cuando "la centralización de los medios de producción y la socialización de la mano de obra haya alcanzado al menos un punto en que se vuelvan incompatibles con su piel capitalista" y que la "piel capitalista explota desde el interior"²⁶ El nombre que toma el posterior estado de las cosas no importa. Sin embargo, como demuestran los efectos de la explosión económica mun-

dial sobre el medio ambiente, necesariamente tomarán un gran sesgo de la apropiación privada a la gestión social a escala global.

Es muy improbable que tal "sociedad postcapitalista" corresponda a los modelos tradicionales del socialismo y todavía menos al socialismo "realmente existente" de la era soviética. Las formas que puede tomar, y en qué medida incluirá los valores humanistas del comunismo de Marx y Engels dependerá de la acción política a través del cual se realiza este cambio. Por ello, como sostiene el *Manifiesto*, ocupa un lugar central para la forma que tome el cambio histórico.

IV

EN el punto de vista marxiano, sin embargo, describimos que en el momento histórico en que "la piel revienta desde el interior", la política tiene un papel esencial. El *Manifiesto* se ha leído principalmente como documento de inevitabilidad histórica, y ciertamente su fuerza se ha derivado en gran medida de la confianza que dio a sus lectores de que el capitalismo estaba destinado inevitablemente a ser enterrado por sus sepultureros, y que ahora y no en una era anterior de la historia las condiciones para la emancipación se han hecho reales. Sin embargo, al contrario que las extendidas presunciones, en tanto cree que el cambio histórico se realiza porque los hombres construyen su propia historia, no es un documento determinista. La tumba ha de excavar por acción humana o mediante ella.

Una lectura determinista del argumento es posible, ciertamente. Se ha sugerido que Engels tendía hacia ella de manera más natural que Marx, con importantes consecuencias para el desarrollo de la teoría marxista y para el movimiento marxista de trabajadores después de la muerte de Marx.

Sin embargo, aunque se han citado como prueba los primeros borradores de Engels,²⁷ no puede leerse tal determinismo en el *Manifiesto* mismo. Cuando abandona el campo del análisis histórico y se entra en el presente, es un documento de elecciones, de posibilidades políticas, más que de probabilidades, por no hablar de certezas. Entre el "ahora" y el momento impredecible en que "en el curso del desarrollo" habrá una "asociación en la cual el libre desarrollo de cada uno sea condición para el libre desarrollo de todos", se encuentra el reino de la acción política.

En su mismo centro está el cambio histórico mediante la praxis social, mediante la acción colectiva. El *Manifiesto* considera el desarrollo del proletariado como la "organización de los proletarios en una clase y, en consecuencia, en un partido político". La "conquista del poder político por el proletariado" ("la victoria de la democracia") es "el primer paso en la revolución de los trabajadores" y la futura sociedad se articula sobre las posteriores acciones políticas del nuevo régimen (en cómo "el proletariado utilizará su

supremacía política"). El compromiso con la *política* es lo que, históricamente, ha distinguido al socialismo marxista de los anarquistas, y los sucesos de esos socialistas cuyo rechazo de toda acción política condena específicamente el *Manifiesto*. Incluso antes que Lenin, la teoría marxiana no trataba sólo de "lo que la historia nos muestra que sucederá", sino también de "lo que debe hacerse". Podemos admitir que la experiencia soviética del siglo xx nos ha enseñado lo que sería mejor "no hacer" bajo condiciones históricas que prácticamente colocan el éxito fuera de nuestro alcance. Pero esta lección también se puede aprender considerando las implicaciones del *Manifiesto Comunista*.

Pero en este caso, el *Manifiesto* -y no es la menos importante de sus notables cualidades- es un documento que preveía el fracaso. El *Manifiesto* esperaba que el resultado del desarrollo capitalista fuera "una reconstitución revolucionaria de la sociedad en general" pero, como ya hemos visto, no excluía la alternativa: "ruina común". Muchos años después otro marxiano reformuló esto como la elección entre socialismo y barbarie. Cuál de las dos prevalezca es una pregunta que el siglo xx ha dejado sin responder.

¹ Sólo se han descubierto dos materiales de este tipo: un plan para la Sección III y una página de borrador. KARL MARX Y FREDERICK ENGELS. *Collected Works*, vol. 6, pp. 576-577.

² En vida de los fundadores fueron: 1) Prefacio a la (segunda) edición alemana, 1872; 2) Prefacio a la (segunda) edición rusa, 1882 -la primera traducción rusa, de Bakunin, había aparecido en 1869, comprensiblemente sin la bendición de Marx y Engels-; 3) Prefacio a la (tercera) edición alemana, 1883; 4) Prefacio a la edición inglesa, 1888; 5) Prefacio a la (cuarta) edición alemana, 1890; 6) Prefacio a la edición polaca, 1892, y 7) Prefacio "A los lectores italianos", 1893.

³ PAOLO FAVILLI. *Storia del marxismo italiano. Dalle origini a la grande guerra*, Milán, 1996, pp. 252-254.

⁴ Utilizo las cifras de la gran publicación de BERT ANDREAS. *Le Manifeste Communiste de Marx et Engels. Historie et Bibliographie 1848-1918*, Milán, 1963. .

⁵ Datos de los informes anuales de *Parteitag* del SPD. Sin embargo, no se dan cifras acerca de las publicaciones teóricas para 1899 y 1900.

⁶ ROBERT R. LAMONTE. "The New Intellectuals", en *New Review*, II, 1914, cita de PAUL BUHLE. *Marxisms in the USA: From 1870 to the present day*, Londres, 1987, p. 56.

⁷ HAL DRAPER. *The Annotated Communist Manifesto*, Center for Socialist History. Berkeley, CA, 1984, p.64.

⁸ El original alemán comienza esta sección discutiendo "das Verhältniss der Kommunisten zu den bereits konstituirten Arbeiterparteien... also den Chartisten", etc. La traducción oficial al inglés de 1887, revisada por Engels, atenúa este contraste.

⁹ "Los comunistas no forman un partido separado que se oponga a otros partidos de la clase trabajadora... No configuran ningún principio sectario por sí mismos, por el cual agudizar o moldear el movimiento proletario."

¹⁰ La mejor conocida de estas, subrayada por Lenin, fue la observación, en el prefacio de 1872, de que la Comuna de París había mostrado que "la clase trabajadora no puede sencillamente utilizar la maquinaria del Estado ya existente y utilizarla para sus propios fines"). Después de la muerte de Marx, Engels añadió una nota a pie de página modificando la primera frase de la

"Sección 1" para excluir las sociedades prehistóricas del ámbito general de la lucha de clases. Sin embargo, ni Marx ni Engels se preocuparon de comentar o modificar los pasajes económicos del documento. Se puede dudar que Marx y Engels consideraran una "Umarbeitung oder Ergianzung" más completa del *Manifiesto* (prefacio a la edición alemana de 1883), pero no que la muerte de Marx imposibilitara tal reescritura.

¹¹ Compárese el pasaje de la, "Sección II" del *Manifiesto* ("No es necesaria una gran perspicacia para comprender que las ideas, puntos de vista y concepciones de las personas, en una palabra la conciencia humana, cambian con los cambios en las condiciones de su vida material, sus relaciones sociales y su existencia social") con el pasaje correspondiente del *Prefacio a la crítica de la economía política* ("No es la conciencia de las personas la que determina su existencia, sino, por el contrario, es su existencia social la que determina su conciencia").

¹² Aunque esta es la versión inglesa aprobada por Engels, no es una traducción estrictamente correcta del texto original: "Mügen die herrschenden Klassen vor einer kommunistischen Revolution zittern. Die Propetariar haben nicht in ihr («en ello», es decir, «en la revolución», en mi opinión) zu verlieren ais ihre Ketten."

¹³ Para un análisis estilístico, véase S.S. PRAWER. *Karl Marx and Worl Literature*, Oxford. Nueva York. Melbourne. 1978. pp. 148- 1 49. Las traducciones del *Manifiesto* que conozco no tienen la fuerza literaria del texto original alemán.

¹⁴ "Die Lage Englands. Das 18. Jahrhundert." en MARX-ENGELS. *Werke*. I, pp. 566-568.

¹⁵ Véase por ejemplo la discusión de "Capital fijo y el desarrollo de los recursos productivos de la sociedad" en los manuscritos de 1857-1858, en *Coll Works*, volumen 29, Londres, 1987, pp. 80-99.

¹⁶ La frase alemana "sich zur nationalen Klasse erheben" tiene connotaciones hegelianas que se modificaron en la traducción inglesa autorizada por Engels, presumiblemente porque pensó que los lectores no la entenderían en 1880.

¹⁷ Depauperado no se debe considerar como sinónimo de «pobreza». Las palabras alemanas, tomadas del inglés, son "Pauper" ("una persona indigente... que recibe apoyo por caridad o por alguna provisión pública", en *Chambers' Twentieth Century Dictionary*) y "(Pauperismus)" ("pauperismo: estado de ser pobre", *ibid.*).

¹⁸ Paradójicamente, un argumento similar al argumento marxista de 1848 es utilizado ampliamente por capitalistas y gobiernos de libre mercado para probar que las economías de los Estados cuyo PNB continúa duplicándose cada pocas décadas entrarán en bancarrota si no abolen los sistemas de transferencia de ingresos (Estado del Bienestar, etc.), instalados en tiempos de mayor pobreza, mediante los cuales quienes ganan dinero mantienen a los que son incapaces de ganarlos.

LESZEK KÓLAKOWSKI. *Main Currents ofMarxism*, vol. 1, *The Founders*, Oxford, 1978, p. 130.

²⁰ GEORGE LICHTHEIM. *Marxism*. Londres. 1964. p. 45.

²¹ KARL MARX -FREDERICK ENGELS. *Collected Works*, vol. 3. pp. 186-187. En este pasaje he preferido en general la traducción que aparece en LICHTHEIM, *loco cit.* La palabra alemana que tradujo como "clase" es "Stand", que hoy lleva a error.

²² Publicado en *Outlines of a Critique of Political Economy* en 1844. *Coll. Works*, vol. 3, pp. 418-443.

²³ "On the History of the Cornmunist League", en *Coll. Works*, vol. 26, Londres. 1990, p. 318.

²⁴ "Outlines of a Critique", en *Coll. Works*, vol. 3, pp. 433 y ss. Parece haberse derivado de escritores británicos radicales, sobre todo de JOHN WADE. *History of the Middle and Working Classes*, Londres, 1835, a quien Engels se refiere en esta relación.

²⁵ Esto queda incluso más claro en las formulaciones de Engels en cuanto que existen, en efecto, dos borradores preliminares del *Manifiesto*, "Draft of a Cornmunist Confession of Faith", en

Coll. Works, vol. 6, p. 102. Y "Principies of Communist", *ibid.*, p. 350.

²⁶ De "Historical Tendency of Capitalist Accumulation", en *Capital*, vol. 1 (*Coll. Works*, vol. 35, p. 750).

²⁷ GEORGE LICHTHEIM, *Marxism*, pp. 58-60.

o semibárbaros a los países civilizados, los pueblos campesinos a los pueblos burgueses, el Oriente al Occidente".⁴

La única restricción a esta distinción eurocéntrica, incluso colonial, entre naciones "civilizadas" y "bárbaras", es el pasaje donde cuestiona la "autonombrada civilización" (*sogennante Zivilisation* en el original), a propósito del mundo burgués occidental.⁵

En escritos posteriores, Marx va a asumir una postura mucho más crítica sobre el colonialismo occidental en la India y en China, pero será necesario esperar a los modernos teóricos del imperialismo -Rosa Luxemburgo y Lenin- para que sea formulado un cuestionamiento marxista radical de la "civilización burguesa", desde el punto de vista de sus víctimas, es decir, los pueblos colonizados, y no es sino con la teoría de la revolución permanente de Trotsky que aparece la idea herética según la cual las revoluciones socialistas comenzarán con más probabilidad en la periferia del sistema-los países dependientes-. Es verdad que el fundador del Ejército Rojo insistía en añadir que sin la extensión de la revolución a los centros industriales -particularmente de la Europa occidental- estaría, en última instancia, abocada al fracaso.

Se olvida a menudo que en su prefacio a la traducción rusa del *Manifiesto* (1881) Marx y Engels abordaron la hipótesis de que la revolución socialista comenzara en Rusia -apoyándose en las tradiciones comunitarias del campesinado- antes de extenderse a Europa occidental. Este texto -así como la carta, fechada en la misma época, a Vera Zassulitch- era una respuesta anticipada a los argumentos pretendidamente "marxistas ortodoxos" de los Kautsky y Plejanov contra el "voluntarismo" de la Revolución de Octubre de 1917 -argumentos vueltos a la moda hoy, después del fin de la URSS-, según los cuales una revolución socialista no es posible más que allí donde las fuerzas productivas han llegado a la "madurez", es decir, en los países capitalistas avanzados.

2. Inspirados por un optimismo "librecambista", y una opción demasiado economicista, Marx y Engels previeron -erróneamente- que "el aislamiento nacional y los antagonismos entre los pueblos desaparecen de día en día con el desarrollo de la burguesía, la libertad de comercio y el mercado mundial, con la uniformidad de la producción industrial y las condiciones de existencia que le corresponden".⁶

Decididamente, ¡no! La historia del siglo xx -dos guerras mundiales, innumerables conflictos nacionales- no ha confirmado en absoluto esta previsión. Está en la naturaleza misma de la expansión planetaria del capital producir y reproducir sin cesar el enfrentamiento entre naciones, sea mediante la confrontación interimperialista por la dominación del mercado mundial, sea mediante los movimientos de liberación nacional contra la opresión imperial, o bajo mil otras formas.

Hoy se observa una vez más hasta qué punto la mundialización capitalista nutre los pánicos identitarios y los nacionalismos tribales. La falsa univer-

salidad del mercado mundial desencadena los particularismos y endurece las xenofobias: el cosmopolitismo mercantil del capital y las pulsiones identitarias agresivas se retroalimentan mutuamente.⁷

La experiencia histórica -especialmente la de Irlanda, en su combate contra la dominación imperial inglesa enseñó, algunos años más tarde, a Marx y Engels que el reino de la burguesía y del mercado mundial no suprime, sino que intensifica -en un grado sin precedentes en la historia- los conflictos nacionales.

Pero será necesario esperar a los escritos de Lenin sobre el derecho a la autodeterminación de las naciones, y a los de Otto Bauer sobre la autonomía nacional cultural -dos caminos considerados habitualmente como contradictorios, pero que bien pueden considerarse también como complementarios-, para que aparezca una reflexión marxista más coherente sobre el hecho nacional, su naturaleza política y cultural, y su autonomía relativa -de hecho, su irreductibilidad- a la economía.

3. Rindiendo homenaje a la burguesía por su capacidad sin precedentes para desarrollar las fuerzas productivas, Marx y Engels celebran sin reservas "la domesticación de las fuerzas naturales" y el "sometimiento de continentes enteros" por la producción burguesa moderna. La destrucción del medioambiente por la industria capitalista, el peligro para el equilibrio ecológico que representa el desarrollo ilimitado de las fuerzas productivas del capital, son cuestiones que se encuentran fuera de su horizonte intelectual.

Por otra parte, parecen concebir la revolución sobre todo como la supresión de las "cadenas" -las formas de propiedad existente- que impiden el libre desarrollo de las fuerzas productivas creadas por la burguesía, sin plantear la cuestión de la necesaria revolucionarización de la estructura misma de las fuerzas productivas, en función de criterios tanto sociales como ecológicos.

Esta limitación fue corregida parcialmente por Marx, en ciertos escritos posteriores, especialmente en *El Capital*, donde cuestiona el agotamiento simultáneo de la tierra y de la fuerza de trabajo por la lógica del capital. Pero ha sido solamente en el curso de las últimas décadas, con la irrupción del eco socialismo, que han aparecido tentativas serias de integrar las instituciones fundamentales de la ecología en el marco de la teoría marxista.

4. Inspirados por lo que podría llamarse "el optimismo fatalista" de la ideología del progreso, Marx y Engels no tuvieron empacho en proclamar que la caída de la burguesía y la victoria del proletariado "son igualmente ineluctables". Es inútil insistir sobre las consecuencias políticas de esta visión de la historia como proceso ya determinado, con resultados garantizados por la ciencia, las leyes de la historia o las contradicciones del sistema.

Llevado hasta el final -lo que no es, obviamente, el caso de los autores de *El Manifiesto*- este razonamiento no dejaría ningún lugar para el factor subjetivo: la conciencia, la organización, la iniciativa revolucionaria. Si, como

afirma Plejanov, "la victoria de nuestro programa es tan inevitable como el nacimiento del sol cada mañana", ¿por qué crear un partido político, luchar, arriesgar la propia vida por la causa? Nadie osaría organizar un movimiento para asegurar la aparición del sol cada mañana-

Es verdad que en un pasaje del *Manifiesto* contradice, al menos implícitamente, la filosofía "inevitabilista" de la historia: es el célebre segundo párrafo del capítulo "Burgueses y proletarios", según el cual la lucha de clases "terminó siempre con la transformación revolucionaria de toda la sociedad o el hundimiento de las clases en pugna". Marx y Engels no afirman explícitamente que esta alternativa pueda plantearse también en el futuro, pero es una interpretación posible de este pasaje.

De hecho, es el "Folleto Junius" de Rosa Luxemburgo -*La crisis de la socialdemocracia*, 1915- quien va a plantear claramente, por vez primera, la alternativa socialismo o barbarie como elección histórica para el movimiento obrero y para la humanidad. Y no es hasta ese momento en el que el marxismo rompe de forma radical con toda visión lineal de la historia, y con la ilusión de un futuro "asegurado". Y no es hasta los escritos de Walter Benjamín que se encontrará, finalmente, con una crítica profunda, en nombre del materialismo histórico, de las ideologías del progreso, que desarmaron al movimiento obrero alemán y europeo y le suministraron la ilusión de que era suficiente "nadar con la corriente de la historia".

Sería falso concluir de estas citas críticas que *El Manifiesto* no escapa del marco de la filosofía "progresista" de la historia, heredado del pensamiento de la Ilustración y de Hegel. Incluso celebrando a la burguesía como clase que ha revolucionado la producción y la sociedad, que ha realizado maravillas incomparablemente más impresionantes que las pirámides de Egipto o las catedrales góticas. Marx y Engels rechazan una visión lineal de la historia. Señalan sin cesar que la espectacular progresión de las fuerzas productivas -más impresionantes y colosales en la sociedad burguesa que en todas las otras civilizaciones pasadas- se ha pagado mediante una degradación de la condición social de los productores directos.

Es el caso en especial de los análisis que hicieron del declive -desde el punto de vista de calidad de vida y de trabajo- que significa la condición obrera moderna con relación a la del artesano, incluso, en ciertos rasgos, del siervo feudal: "El siervo, en pleno régimen de servidumbre, llegó a miembro de la comuna (...). El obrero moderno, por el contrario, lejos de elevarse con el progreso de la industria, desciende siempre más y más, por debajo de las condiciones de vida de su propia clase." Incluso, en el sistema de maquinismo capitalista, el trabajo del obrero se convierte "en repugnante" -un concepto fourierista retomado por *El Manifiesto*-; pierde toda autonomía, "y por ello cualquier atractivo para el obrero".⁸

Se dibuja aquí una concepción eminentemente dialéctica del movimiento histórico, o ciertos progresos -desde el punto de vista técnico, de la industria,

de la productividad- se acompañan de regresiones en otros dominios: social, cultural, ético. Desde este punto de vista es interesante la observación según la cual la burguesía "ha reducido la dignidad personal a valor de cambio" y no ha dejado subsistir otro lazo entre los humanos que "el interés desnudo, el frío dinero contante" (*die gefühllose "bahre Zahlung"*).⁹

Añadamos a esto que *El Manifiesto* es mucho más que un diagnóstico -a veces profético, a veces marcado por los límites de su época- de la potencia global del capitalismo; es también y sobre todo una llamada urgente al combate internacional contra esta dominación. Marx y Engels habían comprendido perfectamente que el capital, en tanto que sistema mundial, no puede ser vencido más que por una acción histórico-mundial de sus víctimas, el proletariado y sus aliados.

De todas las palabras de *El Manifiesto* la última es sin duda la más importante, aquella que ha golpeado la imaginación y el corazón de varias generaciones de militantes y militantes obreros y socialistas: "Proletarier aller lander, vereinigt euch." No es por azar que esta interjección se ha convertido en la bandera y la contraseña de las corrientes más radicales del movimiento en los últimos 150 años. Se trata de un grito, de una convocatoria, de un imperativo categórico ético y estratégico a la vez, que ha servido de brújula en medio de las guerras, de confusos enfrentamientos y brumas ideológicas.

Esta llamada era también visionaria. En 1848, el proletariado no era más que una minoría de la sociedad en la mayor parte de los países de Europa, sin hablar del resto del mundo. Hoy, la masa de trabajadores asalariados explotados por el capital -obreros, empleados, trabajadores de los servicios, precarios, trabajadores agrícolas- es la mayoría de la población del globo. Es, y de lejos, la principal fuerza en el combate de clase contra el sistema capitalista mundial, y el eje alrededor del cual pueden y deben articularse otras luchas y otros actores sociales.

En efecto, el compromiso no concierne solamente al proletariado: es el conjunto de las víctimas del capitalismo, el conjunto de las categorías y grupos sociales oprimidos -mujeres (un tanto ausentes de *El Manifiesto*), naciones y etnias dominadas, parados y excluidos (el "pobretariado")- de todos los países que están interesados en el cambio social. Sin mencionar la cuestión ecológica, que no toca a tal o cual grupo, sino a la especie humana en su conjunto.

Después de la caída del Muro de Berlín, se ha decretado el fin del socialismo, el fin de la lucha de clases e incluso el fin de la historia. Los movimientos sociales de los últimos años, en Francia, en Italia, en Corea del Sur, en Brasil, en los Estados Unidos -de hecho, por todo el mundo- han aportado un desmentido rotundo a este tipo de elucubraciones pseudohegelianas. Dramáticamente, lo que falta a las clases subalternas es un mínimo de coordinación internacional. ""

Para Marx y Engels, el internacionalismo era a la vez una pieza central de la estrategia de organización y la lucha del proletariado contra el capital global, y la expresión de una visión humanista revolucionaria, para la cual la emancipación de la humanidad era el valor ético supremo y el objetivo final del combate. Eran "cosmopolitas" comunistas, en la medida en que el mundo entero, sin fronteras ni límites nacionales, era el horizonte de su pensamiento y su acción, así como el contenido de su utopía revolucionaria. En *La ideología alemana*, escrita solamente dos años antes que *El Manifiesto*, subrayan: solamente gracias a una revolución comunista, que será necesariamente un proceso histórico mundial, cada individuo "será librado de sus diversos límites nacionales y locales, puesto en relaciones prácticas con la producción del mundo entero (incluida la producción intelectual) y puesto en situación de adquirir la capacidad de aprovechar la producción del mundo entero en todos los dominios (creaciones de los hombres)".¹¹

Marx y Engels no se han limitado a predicar la unidad proletaria sin fronteras. Han ensayado, durante una buena parte de su vida, dar una forma concreta y organizada a la solidaridad internacionalista. En un primer momento, uniendo revolucionarios alemanes, franceses e ingleses en la liga de los Comunistas de 1847-1848, y más tarde, contribuyendo a la construcción de la Asociación Internacional de Trabajadores, fundada en 1864. Las sucesivas Internacionales -de la Primera a la Cuarta- han sufrido crisis, deformaciones burocráticas o aislamiento. Esto no impide que el internacionalismo haya sido una de las fuerzas motrices más potentes de las acciones emancipadoras en el curso del siglo xx. En los primeros años que han seguido a la Revolución de Octubre de 1917, una ola internacional impresionante se ha levantado en Europa y en el mundo entero. En el curso de los años estalinistas, este internacionalismo ha sido manipulado al servicio de los intereses de la gran potencia soviética. Pero durante la época de la degeneración burocrática de la Internacional Comunista han tenido lugar auténticas manifestaciones de internacionalismo, como las Brigadas Internacionales en España de 1936 a 1938. Más recientemente, una nueva generación ha reencontrado el gusto de la acción internacionalista, en los levantamientos del año 1968 o en la solidaridad con las revoluciones del Tercer Mundo.

Hoy, más que en ninguna otra época pasada, y mucho más que en 1848, los problemas urgentes al orden del día son internacionales. Los desafíos que representan la mundialización capitalista, el neoliberalismo, el juego incontrolado de los mercados financieros, la monstruosa deuda y el empobrecimiento del Tercer Mundo, la degradación del medio ambiente, la amenaza de crisis ecológica grave -por no mencionar más que algunos ejemplos- exigen soluciones mundiales.

No obstante, es obligado constatar que frente a la unificación regional -Europa- o mundial del gran capital, la de sus adversarios va a la zaga. Si en el siglo XIX los sectores más conscientes del movimiento obrero, organiza-

dos en las Internacionales, se habían anticipado a la burguesía, hoy están dramáticamente retrasados respecto a ésta. Jamás la necesidad de asociación, coordinación, acción común internacional -desde el punto de vista sindical, alrededor de reivindicaciones comunes, y desde el punto de vista del combate por el socialismo- había sido tan urgente, y jamás había sido tan débil, frágil y precaria.

Esto no quiere decir que el movimiento por el cambio social radical no deba comenzar al nivel de una, o de algunas, naciones, o que los movimientos de liberación nacional no sean legítimos. Pero las luchas contemporáneas son, en un grado sin precedentes, interdependientes e interrelacionadas, de una punta a otra del planeta. La única respuesta racional y eficaz al chantaje capitalista de la deslocalización y la "competitividad" -es necesario bajar los salarios y las "cargas" en París para poder competir con los productos de Bangkok- es la solidaridad internacional organizada y efectiva de los trabajadores. Hoy aparece, de forma más clara que en el pasado, hasta qué punto los intereses de los trabajadores del Norte y del Sur son convergentes: el aumento de los salarios de los obreros en Asia del Sur interesa directamente a los obreros europeos; el combate de los campesinos y de los indígenas para la protección del bosque amazónico contras los ataques destructivos de la agro-industria concierne de cerca a los defensores del medio ambiente en los Estados Unidos; el rechazo del neo liberalismo es común a los movimientos sindicales y populares de todos los países. Se podrían multiplicar los ejemplos.

¿De qué internacionalismo se trata? El falso "internacionalismo" sometido a los bloques o a los Estados-guía -La URSS, China, Albania, etc.- está muerto y enterrado. Ha sido el instrumento de burocracias nacionales mezquinas, que lo han utilizado para legitimar su política de Estado. Ha llegado el tiempo para un nuevo comienzo que preserve al mismo tiempo lo mejor de las tradiciones internacionalistas del pasado.

Se puede observar, aquí y allá, los gérmenes de un nuevo internacionalismo, independiente de cualquier Estado. Sindicalistas combativos, socialistas de izquierda, comunistas desestalinizados, trotskystas no dogmáticos y anarquistas sin sectarismo buscan las vías para la renovación de la tradición del internacionalismo proletario. Una iniciativa interesante, a pesar de que esté limitada a una sola región del mundo, es el Foro de Sao Paulo, lugar de debate y de acción común de las principales fuerzas de la izquierda latinoamericana constituido en 1990, que tiene por objetivo el combate contra el neoliberalismo y la búsqueda de vías alternativas, en función de los intereses y de las necesidades de las grandes mayorías populares.

Al mismo tiempo, nuevas sensibilidades intemacionalistas aparecen en los movimientos sociales con vocación planetaria, como el feminismo y la ecología, en los movimientos antirracistas, en la teología de la liberación, en las asociaciones de defensa de los derechos del hombre o en la solidaridad con el Tercer Mundo.

Todas estas corrientes no encuentran satisfacción en las instituciones existente, como la Internacional Socialista, que tiene el mérito de existir, pero que está demasiado comprometida con el orden de cosas existentes.

Un muestra de los representantes más activos de estas diferentes tendencias, llegados tanto del Norte como del Sur del planeta, se ha juntado, en un espíritu unitario y fraternal, en el seno de la Conferencia Intergaláctica por la Humanidad y contra el Neoliberalismo, convocado, en las montañas de Chiapas, en México, en julio de 1996, por el Ejército Zapatista de Liberación Nacional -un movimiento revolucionario que ha sabido combinar, de forma original y exitosa, lo local, las luchas indígenas de Chiapas, lo nacional, el combate por la democracia en México, y lo internacional, la lucha mundial contra el neoliberalismo-. Se trata de un primer paso, aún modesto, pero que va en la buena dirección: la reconstrucción de la solidaridad internacional.

Es evidente que en este combate global contra la globalización capitalista las luchas en los países industriales avanzados, que dominan la economía mundial, tienen un papel decisivo: un cambio profundo de la relación de fuerzas internacional es imposible sin que el "centro" mismo del sistema capitalista sea tocado.

El renacimiento del movimiento sindical combativo en los Estados Unidos es un signo estimulante, pero los movimientos de resistencia al neoliberalismo son más potentes en Europa; no obstante, su coordinación a escala del continente está aún muy poco desarrollada.

De la convergencia entre la renovación de la tradición socialista, anticapitalista y antiimperialista, del internacionalismo proletario -inaugurada por Marx en el *Manifiesto Comunista*- y las aspiraciones universalistas, humanistas, libertarias, ecológicas, feministas y democráticas de los nuevos movimientos sociales podrá surgir el internacionalismo del siglo XXI.

(Traducción de Pedro Chaves)

¹ Para facilitar su lectura las notas referidas a textos del *Manifiesto* han sido tomadas de la edición de Utopías/Libros-PCE. Madrid, 1998.

- K. MARX. *Contribución a la crítica de la filosofía del derecho de Hegel*. Aubier Montaigne, 1971, p. 81.

¹ K. MARX. F. ENGELS. *Manifiesto del Partido Comunista*, Utopías/Libros, Madrid. 1998, pp. 60-61.

⁴ *Ibid.*, pp. 60-61. Para una discusión profunda de esta problemática, sugiero el excelente texto de NESTOR KOHAN. "Marx en su (tercer) mundo", en *Casa de las Américas*. n° 207. abril-junio, 1977.

⁵ K. MARX. F. ENGELS. *Manifiesto del Partido Comunista*, Utopías/libros, Madrid. 1998, pp. 71-72.

⁶ *Manifiesto*, p. 84. Esta afirmación del *Manifiesto* es especialmente contradicha, algunas líneas

más adelante, cuando los autores parecen ligar el fin de los antagonismos nacionales al del capitalismo: "En la medida que sea abolida la explotación de un individuo por otro, la explotación de una nación por otra será igualmente abolida."

⁷ Retomo a mi manera los análisis de Daniel Bensaid en su destacado libro *Le Pari mélancolique*. Fayard. París. 1997.

⁸ K. MARX, F. ENGELS. *Manifiesto del Partido Comunista*, p. 72.

⁹ *Ibid.*, p. 8.

¹⁰ ¿Qué piensan los alemanes sobre esta cuestión, ocho años después de la caída del muro? ¿Creen ellos que "hoy, la lucha de clases está superada y empleadores y asalariados deben entenderse como socios"? ¿O "es justo hablar de lucha de clases, empleadores y empleados tienen en el fondo intereses totalmente incompatibles"? He aquí un sondeo interesante, publicado el 10 de diciembre por el *Frankfurter Allgemeine Zeitung*, un periódico poco sospechoso de simpatías marxistas: mientras que en 1980 el 58% de los ciudadanos oeste-alemanes optaban por la primera respuesta y un 25% por la segunda, en 1997 la tendencia se había invertido: 41 % juzgaban todavía la lucha de clases superada, 44% la encontraban al orden del día. En la ex RDA -es decir, los protagonistas de la caída del Muro de Berlín- la mayoría era aún más clara: ¿58% partidarios del combate de clase contra el 26%! Cf. *Le Monde Diplomatique*, n° 526. enero de 1998, p. 8.

" MARX, ENGELS. *L'idéologie Allemande*, Editions Sociales, París. 1968. p. 67.

Notas sobre el Manifiesto del Partido Comunista

Rossana Rossanda*

EN la Biblioteca de la Fundación Basso de Roma, una primera edición del *Manifiesto de los comunistas* está encuadernada junto con un anuario de barnizaje y otro libro que trata del abrillantamiento de muebles, con un prospecto para los que llegaban a California y con la lista de las naves que salían de Bremen para los Estados Unidos. Evidentemente pertenecía a un artesano que emigraba en 1855 hacia los Estados Unidos y que había colocado junto todo lo que necesitaba. Es un librito conmovedor. En la nueva oleada de emigración de fuerza de trabajo que va del sur al norte y del este hacia el oeste, ¿cada uno lleva consigo el *Manifiesto de los comunistas*?

Y nosotros, ¿cómo lo leemos hoy? Los aniversarios son ambiguos. A la distancia de un siglo y medio, ¿visitamos de nuevo un pensamiento naciente pero que aún se consulta o rendimos homenaje a un resto de museo? Éste es un texto relativamente juvenil de Marx, que tiene a su espalda una gran producción -de los artículos de la *Crítica a la filosofía del derecho de Hegel* a los *Manuscritos económico-políticos* de 1844, después con Engels de *La Sagrada Familia* a *La ideología alemana*-, pero que también tiene delante de sí la gran obra de los *Grundrisse* y de *El Capital*, en los que términos, frases y palabras del 1848, surgen de nuevo de forma incesante. La historia y la filosofía han rendido tributo a la especificidad del *Manifiesto* en la obra de Marx. Pero ¿qué dice del mismo la política? No es un texto de estudio, es - en el fermento de las asociaciones obreras en aquel año crucial tras la adhesión a la Liga de los Justos y en la inquieta participación en el movimiento obrero alemán- una redefinición de la posibilidad y la necesidad del quehacer político inmediato y además es una profecía de la época: "Tened en cuenta que estamos en *un giro* de la historia, proletarios de todo el mundo, unios."

El artesano que lo encuadernó no lo leyó para sus nietos, sino para él mismo, consciente de que su aventura personal se insertaba en este proceso, de que él se encontraba entre los proletarios convocados a unirse. Los que leyeron el *Manifiesto* durante toda la segunda mitad del pasado siglo y la primera mitad de éste pensaron en un devenir que se refería a su propia vida, que es, por otra parte, el único lapso de tiempo al que una proclama política puede referirse. Y Marx seguramente lo pensó de esta manera. No como el triunfo rápido de la nueva sociedad, sino como una "revolución" en el sentido que cincela en esas pocas páginas: revolución como cambio, destrucción,

* Fundadora y redactora del diario *Il Manifesto*, Italia.

creación de escenarios nuevos para la humanidad. Revolución doble, la del capital que ha acelerado el tiempo histórico haciendo realizar a la cultura en menos de un siglo lo que no se había realizado en milenios, una liberación de las fuerzas productivas sin parangón. Y es también una revolución el crecimiento del ejército proletario y el cambio radical de los objetivos de su lucha. De los resultados de los conflictos parciales de una clase que se debate al nacer y experimentar su opresión aún en el horizonte de la burguesía que la produce, la nutre y le da instrumentos, a menudo haciendo de ella un arma de destrucción de los viejos poderes y relaciones que aún estorban su dominio, a una lucha general y emancipadora que tiene como objetivo histórico el fin de la burguesía. "De vez en cuando vencen los obreros -está escrito en el *Manifiesto*-, pero sólo de forma transitoria. El verdadero resultado de sus luchas no es el éxito inmediato, sino el hecho de que la unión de los obreros se extiende cada vez más." Lo que marca la ruptura con el pasado es la percepción por parte del proletariado, en la simplificación de los conflictos de intereses en dos grandes clases que produce la burguesía, de ser el único expropiado de todo y por tanto el único que puede y tiene que derribar el modo de producción existente y salir al hacerlo de la propia miseria moral y material. Las condiciones del final de la fase expansiva, liberadora de fuerzas, del capital ya están aquí. "La lucha con la burguesía comienza con el proletariado, las anteriores eran todas internas a la propia burguesía." El proletariado se ve obligado también a abatir junto con la burguesía los residuos de relaciones productivas y sociales obsoletas. Pero a la vez ha crecido, ha ganado densidad en las grandes fábricas de los tejidos urbanos, se percibe como una única fuerza para la cual, como para el capital, no bastan ya las fronteras nacionales mientras que "las relaciones burguesas se han convertido en demasiado angostas para poder contener la riqueza producida en las mismas". Escribiendo el *Manifiesto* Marx pensaba en su realización en el presente y, ni después de 1848, ni tras la Comuna, ni después del fin de la Internacional, modificó esta convicción.

Al final del siglo siguiente, en el que estamos, los obreros no se han unido de forma victoriosa, la revolución que tuvo lugar en 1917 en su nombre no los ha liberado, el Estado que tenía que ser obrero ha ampliado un imperio que tenía que ser socialista y se ha hundido junto con dicho imperio en menos de diez años. Esta revolución ha inducido otras revoluciones en otras periferias, pero incluso éstas son cada vez más híbridos capitalistas. El capital, en cambio, hasta ahora ha salido de todas sus crisis. En los aeropuertos un gran letrero luminoso, firmado por *Forbes*, celebra en estos días los ciento cincuenta años del *Manifiesto* diciendo: "Capitalistas de todo el mundo, uníos", mientras avanza una masa popular moderna desplegando las banderas de las monedas.

¿Es una derrota, un desmentido o un segmento -cuál- del proceso que Marx y Engels diseñaron en 1848? Caída la vulgata marxista, que, por vulgata

que fuera, ha subvertido medio mundo durante un centenar de años, se agita hoy la vulgata antimarxista. Para retomar las palabras del preámbulo del *Manifiesto*, ningún "espectro del comunismo se extiende por Europa", ni el comunismo es "reconocido como una potencia por las otras potencias europeas"; y hay que preguntarse cuánto había de identificable con la idea de Marx en la percepción como amenaza de la potencia soviética mientras duró. Ciertamente, como en el 1848, alguno "lanza la acusación infamante del comunismo" sobre los adversarios izquierdistas, para exorcizarlos como el mal absoluto, fuente original de las involuciones sangrientas de los socialismos reales; o como utopía a la que ha puesto fin el fin de la historia, en tanto que gran relato del cual se ha nutrido la infancia política de la modernidad.

Incluso aquellos que, negándose a esta tendencia, reafirman el comunismo, lo hacen, como en Italia Cesare Luporini, tras el giro del PCI, señalándolo como "el horizonte del movimiento de las cosas existentes". Jacques Derrida evoca de nuevo, sí, "el espectro que amenaza Europa", pero como un espectro, como una sombra no vengada que grita desde el más allá grandes exigencias sufrientes de las que no nos podemos evadir y que resuenan amenazadoramente en el presente. Los partidos que aún se denominan comunistas ni lo afirman ni lo niegan. Algunos movimientos marginales lo evocan a su manera, en una forma que Marx no reconocería, mientras que las tenaces minorías y resurgimientos marxistas, americanos y europeos, prefieren otros textos marxianos al *Manifiesto*, que les parece ligado a su época de forma inexorable.

Con fecha, pero ¿dónde está datado? El punto crítico se encuentra exactamente en lo que indujo en 1848 a Marx y a Engels a escribirlo: no la descripción/previsión de la naturaleza y del impetuoso movimiento expansivo y totalizante del capital, sino el del crecimiento contemporáneo de sus enterradores y de la llegada de su final. "Con el desarrollo de la gran industria le viene arrebatado a la burguesía el suelo mismo sobre el que produce y se reapropia de sus productos [...], ella produce ante todo sus propios enterradores. Su hundimiento y la victoria del proletariado son inevitables." Tenemos aquí lo que Popper denomina el determinismo, el fatal historicismo determinista de Marx.

Es un texto que hoy parece desconcertante propiamente por la contraposición de sus dos profecías, que describe como ligadas de forma ineluctable y de las cuales parece haberse cumplido una sola, la que se refiere al movimiento del capital y a la imparable carrera hacia el dominio de la burguesía. Son páginas sorprendentes por su actualidad: nadie como Marx ha pensado la globalización en la forma en la cual se está realizando actualmente y que tiene poco que ver, según mi opinión, con la expansión del capital al final del siglo XIX. Ni siquiera el *Manifiesto* la delinea en un sentido genérico: la relectura del texto hace justicia al modo simplificador con el cual los "marxistas", o los partidos comunistas, lo han usado. El estilo brillante y apasio-

nado no esconde el espesor histórico y teórico de la investigación de la cual provienen las definiciones y las previsiones, y en efecto éstas no se verán desmentidas por la sucesiva reflexión de Marx, solamente algunos puntos se articularán y uno solo, como veremos, parece que se corregirá.

No olvidéis las páginas espléndidas sobre el hacerse de la historia como historia de las luchas entre las clases -no de la lucha de clase-, los conflictos entre la burguesía y el proletariado, no pudiendo preceder a su propia existencia, no son reducibles a la eterna batalla entre ricos y pobres. No olvidéis las páginas sobre la naturaleza destructiva y progresiva del capital que abate las formas pasadas, económicas y políticas, en un movimiento incesante que le imposibilita el detenerse en la carrera conflictiva hacia el beneficio. Tampoco se pueden olvidar las páginas sobre la relación entre la burguesía y el proletariado: la primera utiliza al segundo no sólo para explotarlo, sino también como aliado temporal en la destrucción de las formas, conservadoras, reaccionarias, que la han precedido: Marx no tiene ninguna indulgencia con la "resistencia" de aquello más o menos humano, "idílico", que parece pertenecer a las formas precedentes de organización social. La burguesía es revolucionaria respecto a las mismas. Sólo el crecimiento y la toma de conciencia del proletariado, al madurar plenamente la sociedad, será capaz de captar la naturaleza y el mecanismo de la expropiación y de abatirla. La burguesía es revolucionaria cuando crea la esfera de los derechos políticos e induce a que los pueblos tomen forma en Estados propios, para luego abatir la una y los otros en la hegemonía de la única identidad que no es ideológica, que es la de los burgueses y proletarios en la escena mundial, más allá de los ordenamientos burgueses y nacionales. ¿No es esto lo que está sucediendo en estos días bajo nuestros ojos? Europa es uno de estos desarrollos, sus Estados van muy retrasados frente al dominio de los mercados.

Por último las páginas del *Manifiesto* dan testimonio de lo pobre que ha sido, en la teoría y en la práctica de los partidos obreros, pero también en el antimarxismo, la concepción de la historia y el famoso problema de la estructura y la superestructura, que por otra parte ya lo había precedido en la famosa *Introducción a la Crítica de la filosofía del derecho de Hegel*. Solamente una concepción histórica mediocre puede acusar de reduccionismo economicista a una visión de la historia que ve en el modo y las relaciones de producción una condición que determina la idea de sí mismos que los hombres y las mujeres se hacen de su propio ser social. El antihumanismo de Marx está todo aquí, su pensamiento no se detiene jamás entre la economía y la política sino que mantiene siempre en presencia la tensión y el movimiento entre una y otra, en torno al baricentro de la propiedad y la apropiación.

En este excursus clarividente no han faltado algunos puntos problemáticos, comenzando por aquél, largamente discutido en el interior del movimiento obrero y comunista, que se refiere a la caída tendencial de la tasa de ganancia y a la pauperización. Sin embargo, parece un mero pretexto poner

en cuestión el eje de la previsión marxiana respecto a estos puntos, que posteriormente serán problematizados, junto con la teoría del valor, en los *Grundrisse* y *El Capital*. Son zonas en parte irresueltas de la investigación, pero no de tal entidad que puedan hundir la evidencia de la estructura que las soporta. El capital se extiende ante nuestros ojos como un sistema mundial incluso en los documentos anuales de las Naciones Unidas, en las formas en movimiento delineadas por el esquema marxiano.

El único punto de opacidad verdadera está allí donde Marx y Engels delineaban la ya hoy madurada crisis. No es el momento de recoger aquí las discusiones que tuvieron lugar en los años veinte sobre y contra la crisis de sobreproducción .que Marx evoca y sobre la cual volverá Rosa Luxemburg. En Marx esta discusión indica sobre todo una dirección: la de la maduración de una contradicción, la de la "revuelta de las modernas fuerzas productivas contra la modernas relaciones de producción, es decir, contra las relaciones de propiedad que constituyen las condiciones de la existencia y del dominio de la burguesía". Esta proposición -muchas veces retornada por la vulgata marxista hasta el famoso capítulo de Stalin contenido en *Materialismo dialéctico y materialismo histórico*- obliga a interrogarse sobre en qué consisten, en el *Manifiesto* y después, las "fuerzas productivas". No sólo los productos del trabajo que se han ido acumulando fase a fase y que el capital y el proletariado se encuentran ya en la escena, ni sólo los instrumentos o el conjunto del trabajo englobado en el aparato industrial y en el maquinismo, hasta el desarrollo rupturista de las tecnologías, sino también la "fuerza de trabajo" (*Kraft*), su potencialidad (*Potenz*) construida por el *trabajo* social y por el *conjunto de las relaciones sociales* (incluido todo el *poder científico* que convertirá al trabajador de mero accesorio de la máquina en el portador del saber social, del *intelecto general* indicado en el cuaderno VII de los *Grundrisse*. No se puede separar la fuerza de trabajo obrera del desarrollo de la producción en su conjunto, ni de las relaciones de producción que ella asume, y que no son relaciones entre cosas sino relaciones entre hombres. El núcleo del materialismo histórico reside en esta relación, en Marx tan estrecha y que en el marxismo-leninismo tenderá, en cambio, a escindirse.

En efecto, las fuerzas productivas entran en contradicción no con ellas mismas sino con la forma de la propiedad y la apropiación, que las paraliza en su propio impulso hasta convertirlas en procesos destructivos, de los cuales sólo puede salvar a la "civilización" la revolución por parte de la única clase que no participa en la propiedad, que no posee más que las propias cadenas y que por ello es la única que puede realizar una actividad productiva y organizativa sin más conflictos de intereses a través de la apropiación y la gestión colectiva de los instrumentos sociales de producción. El comunismo es esto.

Pero es precisamente esto lo que no está datado históricamente. El capital hasta ahora ha superado sus crisis, a pesar de que se pueda afirmar con cierta

prudencia que su capacidad de extinción "civilizadora" está disminuyendo: después del último salto tecnológico parece disminuir la eficacia de la economía de escala, que desde 1929 ha tenido la etapa fordista que ha elevado a la vez la producción y el consumo de las masas. Es un mercado medio alto limitado y tendencialmente saturado al que sirve la producción más reciente, y para competir en el mismo hay que reducir los costos del trabajo, por lo cual estamos en presencia de un nuevo tipo de pauperización relativa (ciertamente esto sucede en los últimos veinte años en Italia, donde la retribución del trabajo está cayendo en relación al ingreso nacional al nivel de los años cincuenta).

Por otra parte, ninguna de las revoluciones acaecidas este siglo y que se han denominado proletarias, socialistas o comunistas, o inicialmente democráticas y posteriormente dirigidas por un partido comunista, ha tenido lugar en regiones de una maduración alta de las fuerzas productivas ni ha dado lugar a un proceso de reapropiación y gestión social directa de los medios de producción. El famoso artículo de Gramsci "La revolución contra El Capital" lo pone de relieve de forma aguda: Octubre de 1917 no se ha verificado en el culmen del contraste entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción. Se ha producido un cortocircuito entre una vanguardia y un país que aspiraba a la paz y al fin de la autocracia. A la ruptura de las relaciones de propiedad no ha seguido la reapropiación del trabajo y de sus productos que se han gestionado en la esfera política del partido-Estado, fuerte y, como sabemos, fuertemente represivo.

Este tema ha alimentado largamente la discusión sobre la "madurez" o "inmadurez" de la revolución, concluyendo -en los países del "socialismo real" viejos o nuevos- con la atribución del derecho/deber de acelerar los tiempos a un partido o a un grupo dirigente iluminado que con un tirón voluntarista abatiría los poderes de la propiedad precedente, crearía las "bases estructurales del socialismo" y en una tercera fase podría restituir a todos no sólo el producto sino la gestión del mismo en una democracia política total. Como es conocido, lo que se ha producido ha sido la prolongación *sine die* de la "dictadura proletaria" en las manos del partido.

El alejamiento de Marx desde los inicios del "socialismo real" ha nutrido muchas oposiciones en los años veinte y treinta. Pero se ha subrayado de nuevo por algunos movimientos de los años setenta y, después de 1989, algunos han visto en tal alejamiento la premisa de la caída de la URSS y de la crisis de los partidos comunistas en Europa. En su último libro, *La ciudad del trabajo*, Bruno Trentin lo subraya, reprochando a la izquierda vieja y nueva el situar el acento sobre la escena política hasta exaltar su autonomía en relación a la apropiación por parte de los trabajadores del producto de su trabajo, con el resultado de anular el sentido marxiano de una liberación total y directa del trabajo y en el trabajo. El hiato entre Marx y el movimiento comunista se sitúa ahí seguramente.

Pero también se produce un hiato entre Marx y las propuestas recientes de la réappropriación en o del trabajo que prescinden de una revolución general, y por tanto política. Aunque éstas -que van desde las formas de cooperación externas al mercado hasta la "renta básica garantizada"- son un producto de los últimos años en algunos "puntos altos", especialmente europeos, es cierto que la crítica que Marx les haría tomaría una forma no muy distinta de la aspereza dedicada a los partidos socialistas europeos en el último capítulo del *Manifiesto* y en la *Crítica al programa de Gotha*. En Marx lo social y lo político son inseparables.

Mucho más problemática es en el *Manifiesto* la indicación de la superación del modo de producción capitalista. El *Manifiesto* describe las revoluciones ocurridas hasta ahora como la formación de nuevas relaciones de producción y de cambio "en el interior de las sociedades precedentes". La burguesía no está ya "en el marco de las condiciones en las que la sociedad feudal producía y cambiaba", y rompe las formas feudales como un envoltorio seco. Y prosigue: "Bajo nuestros ojos se desarrolla un movimiento análogo"

Pero no describe de hecho un proceso análogo: bajo nuestros ojos *no* se da el crecimiento de nuevas relaciones de producción y de cambio en el interior y en presencia de las formas burguesas de propiedad. ¿Y cómo podría desarrollarse un modo de producción más moderno y vencedor en el interior de aquel dominado por la burguesía y capaz de hacerla caer a su vez como una cáscara vacía cuando, al contrario que la burguesía, el proletariado en su nacimiento no tiene, y en cierto sentido *no es*, más que sus cadenas? El proletariado no puede acceder a ninguna propiedad ni individual ni colectiva de los medios estratégicos de producción, incluso su retribución cae al menos en relación a la riqueza acumulada, y mientras las nuevas clases que en el pasado emergían intentaban consolidar cuanto adquirirían, el proletariado no tiene nada que consolidar, no puede hacer nada más que destruir las relaciones dentro de las que se forma (incluido su propio sistema de apropiación). De suyo -sugerirán un poco más tarde los *Grundrisse*- no tiene más que el saber del que es llamado a participar con el crecimiento de la tecnología y del *know-how* general requerido por la nueva organización del trabajo y del *marketing*, y la percepción -que debería ser cada vez más aguda- del actuar en dicha organización sin determinar ni los medios ni los fines.

La burguesía, pues, no decae frente a un nuevo modo de producción, sino que se enfrenta con dos tendencias: en su propio interior, con la incapacidad de dominar las fuerzas productivas que ella misma ha producido, como el aprendiz de brujo ("la sociedad posee demasiada civilización, las relaciones burguesas se han hecho demasiado estrechas para contener la riqueza producida en ella") y, por tanto, se encuentra en crisis de forma repetida y, en su exterior, el crecimiento antagónico del proletariado, que ella a la vez forma y desposee. Crisis de sobreproducción y proletariado no son separables del

avance de la burguesía; la primera porque es inherente al mecanismo del beneficio, el segundo porque "el trabajo asalariado es la condición del capital". La expropiación que el proletariado sufre "se apoya exclusivamente en la concurrencia que los obreros se hacen a sí mismos", cuando dicha competencia decae con la asociación de los obreros, impulsada por las grandes aglomeraciones industriales, "la burguesía pierde el terreno mismo sobre el que produce y se apropia de los productos". Por ello es por lo que ella misma "produce sus propios sepultureros".

Sin embargo, el proletariado se convierte en el enterrador de la burguesía no sólo porque los obreros se concentran gracias a la desposesión de que son objeto, y se convierten en *clase* en un sentido propio. Esta conciencia de sí y para sí no es ya falsa conciencia, no es ya ideología, es todo lo que la clase puede llegar a poseer, pero, en el momento en que la posee, *no puede no* romper con la burguesía y abatirla.

Si Luckács se preguntaba, en su controvertido libro. *Historia y conciencia de clase*, cómo era posible que la clase más alienada, incluso la tónica alienada del todo, pudiera convertirse en la única consciente de sí y del mecanismo social en su conjunto, paradójicamente la pregunta que tendríamos que hacer hoy, releando el *Manifiesto* de 1848, es por qué, ciento cincuenta años después, la clase desposeída, y sin embargo enriquecida por experiencias innovadoras de lucha en Occidente y en presencia de una red hasta ahora desconocida de medios de comunicación, *no se asocia, no se organiza, no se piensa unida* y como un sujeto transnacional capaz de unificarse. Y mucho menos, para decirlo con Marx, de "centralizar" sus luchas. Marx, en efecto, no consideraría los grandes y subversivos movimientos que hemos conocido en la segunda mitad de este siglo, ni las grandes reivindicaciones sindicales, como formas de antagonismo completo. Mucho menos definiría de esta manera los movimientos de los últimos años, exceptuando el de 1968. Salvo este último, habría definido los demás, incluso en su forma nueva, como movimientos de "resistencia" tendentes a "conservar", a modificar conservando, y por ello y en última instancia destinados a una racionalización del orden dominante. Por revolución Marx entiende sólo la clase obrera organizada y consciente de tener que destruir el orden existente, de cambiar su eje.

¿Por qué este género de subjetividad no se ha dado? Una respuesta clásica a esta pregunta, primero por parte de la burguesía y después introyectada incluso, por la izquierda, ha sido la disminución concreta, corpórea, sociológica de la fuerza de trabajo obrera al irrumpir la revolución tecnológica: los obreros disminuyen, la clase obrera en el sentido marxiano deja de existir. Pero son menos sólo en las zonas capitalistas más avanzadas, allí donde la tecnología permite producir la misma cantidad de mercancías con menos trabajo; pero la ampliación de las regiones productivas en el mundo ha sido enorme: se puede calcular hoy la presencia de casi ochocientos millones de trabajadores en el conjunto del planeta globalizado. Nunca el proletariado ha

sido tan numeroso ni ha tenido tanta oportunidad de comunicarse. ¿Habría que decir más bien, como han hecho Hubermann y Sweezy, que la clase obrera occidental está imposibilitada para reconocer una identidad de intereses con los proletarios de los países a los que junto con su propio capital ella misma explota y roba? Si ésta es la situación verdadera en la fase fordista, cuando capital y trabajo crecían juntos, no lo es ya cuando el libre mercado de capitales emplea de forma masiva las diferencias en el costo del trabajo a nivel planetario contra el proletariado de las metrópolis y no lo esconde. Una unificación sería cada vez más necesaria tanto para unos como para los otros.

Una respuesta más compleja, entre sociológica y política, proviene de la constatación del fin de las grandes fábricas y de la concentración obrera en los contenedores físicos, inmediatos, propios de los grandes complejos industriales de la fase fordista. La producción en redes de unidades pequeñas y cada vez más independientes capaces de iniciativas propias y en una competencia feroz y, por fin, al menos en Italia, de la extensión masiva del "trabajo autónomo" -casi un cuarto de la fuerza de trabajo (siete millones de repercutores de IVA)- habría fragmentado el *trabajo* en una multitud de *trabajos*, en los cuales el trabajo se entrecruza con la propiedad o se siente tan vinculado a la misma que rechaza a causa de la propia supervivencia inmediata cualquier forma de asociacionismo de clase. La concurrencia entre los obreros descrita por Marx en 1848 como experiencia inicial funciona a todo trapo en los años noventa del siglo siguiente. Se trata de un ejército creciente de trabajo productivo, fragmentado, egoísta, con acentos en Italia de un nuevo corporativismo que llega a crear una representación política más que federalista, secesionista, en las zonas de mayor instalación industrial (Venecia, Lombardía, Piamonte, el norte de las Ligas).

Al mismo tiempo la diferenciación de los trabajos y de los tiempos da lugar a una masa creciente de trabajadores subordinados o -para usar una expresión de Bruno Trentin- "heterodirigidos", aunque no son dependientes en el sentido tradicional, que no encuentra la representación de sus intereses en las redes sindicales existentes, ni bajo el perfil salarial ni bajo el normativo.

Una respuesta teórica más interesante a la pregunta acerca de la naturaleza de clase en la fase llamada postfordista viene sugerida por una lectura del cuaderno séptimo de los *Grundrisse*, allí donde Marx observa que no sólo la "desproporción cualitativa entre el trabajo reducido a la pura abstracción y la potencia del proceso productivo que lo controla hace que no sea ya el trabajo inmediato (del obrero), ni el tiempo que él trabaja, sino la apropiación de su fuerza productiva general, su comprensión de la naturaleza (la naturaleza que se le presenta incorporada en la tecnología) y el dominio sobre la misma a través de su existencia como cuerpo social -resumiendo, el desarrollo del individuo social- lo que se presenta como la base de la producción de riqueza" [...]. "El robo del tiempo de trabajo del otro, sobre el que se basa la

riqueza moderna, se presenta como una base miserable frente a la base creada por la gran industria." y poco después dice: "El desarrollo del capital fijo muestra en qué medida el saber social general se ha transformado en fuerza productiva inmediata, hasta el punto de que las condiciones del proceso vital mismo de la sociedad han pasado bajo el control de la inteligencia general y han sido remodeladas de acuerdo con ella... en qué medida las fuerzas productivas se producen no sólo bajo la forma de saber, sino como órganos inmediatos de la práctica social, del proceso real de la vida." Este fragmento célebre, que parece alejarse de las tesis del *Manifiesto* sobre el trabajo vivo y alienado como la fuente esencial del valor, no cambia, sin embargo, la naturaleza de la relación del trabajo. El trabajador, el obrero multiplica su potencialidad al llevar en sí la sedimentación enorme no sólo del saber sino también de la organización social, el *intelecto general*, perdiendo las características de miseria que tenía antes, pero no por esto su prestación pierde su carácter alienado, la heterodirección en última instancia por parte del capital. ¿Por qué no se asocia, pues?

Por el momento parece que habría que concluir que, ciertamente, el paisaje del trabajo ha cambiado, pero que sobre todo ha cambiado la percepción de sí que tiene el nuevo proletariado, si por proletariado debemos entender a todos aquellos que venden su propia fuerza de trabajo material o inmaterial, en relación con lo que aparecía a los ojos de Marx en el inicio del movimiento obrero. Al obrero del siglo pasado y del inicio de éste, le era evidente su no ser más que un "accesorio vivo de la máquina" y, por tanto, fungible, frente al actual sentirse de algún modo "partícipe" del proceso productivo postfordista, como parte incluso de sus momentos decisivos, e incluso directa o indirectamente implicado en la propiedad. Esta percepción moderna es interesante por dos motivos: el primero es que se acompaña de forma contradictoria con la percepción de la precariedad del trabajo dependiente, incluso del cualificado, y también del trabajo autónomo. Sin embargo, en este segundo caso, y cada vez más a menudo también en el primero, la precariedad no se percibe como la voluntad de un patrón, sino como una necesidad del mercado, por tanto como *objetiva*, para el trabajador autónomo reconducible a un error propio, y para el dependiente como algo necesario, inevitable, de forma tal que no produce un antagonismo de clase. El segundo motivo es que no hemos evaluado todavía lo que pesa en la rendición incondicionada a la empresa y al mercado el fracaso de los socialismos reales en tanto que tentativas de un nuevo modo de producción. Para todos 1989 ha sido la implosión del sistema político, social, estatal de la URSS frente a las energías rompedoras del nuevo mercado. Para el movimiento obrero más avanzado de los años sesenta y setenta ha sido la constatación de la naturaleza alienada y controlada, en absoluto más libre, del trabajo en la sociedad que siguió a una revolución que se denominaba comunista.

No hay menos proletariado en el mundo globalizado; es en el nivel de la

autopercepción, de la conciencia obrera, donde no se produce ya el paso del obrero individual a lo que Marx denominaba unificación, asociacionismo, y que hoy se llama de forma moderada solidaridad. Este paso no es automático. Pero si buscamos hoy incluso en el Marx posterior al *Manifiesto* una profundización de cómo y por qué se produce o no la conciencia de clase, no encontramos nada. Mucho menos de lo que sostiene la vulgata antimarxista, la palabra de Marx sobre esta cuestión permanece poco definida. Mientras que examina la burguesía y el capital en su continuo destruirse y reproducirse, casi no examina, ni siquiera en el famoso ensayo sobre la guerra civil en Francia, la formación de las condiciones y del mantenimiento de la subjetividad política del proletariado. En esta cuestión hay que dejar sitio a Lenin, al cual Marx no es reducible, pero que se inserta en un campo que le debe bastante a éste.

El silencio de Marx sobre las condiciones necesarias para el antagonismo, es decir, para una conciencia revolucionaria, tiene una razón. Pensador de la historicidad del pensamiento, Marx está también condicionado por su propia cultura, para la que es evidente que un hombre no puede admitirse como una mercancía, ni a sí mismo ni a su propio trabajo. No sólo porque de ahí derivan unas condiciones de existencia tremendas, sino porque al venderse se mutila en su libertad natural. No por casualidad en cada momento surge de la pluma de Marx la calificación de "inhumana" a la condición del proletariado, separado a la fuerza de sí mismo, de los instrumentos y del sentido de su trabajo, privado de su destino como ninguna otra figura social. En *El Capital* el calificativo es el de "holocausto obrero". En los *Principios del comunismo*, Engels había dicho, a propósito de la diferencia con el esclavo que era vendido de una vez para siempre, que el proletariado era obligado a venderse cada día. Marx es un verdadero hijo de la Revolución Francesa y de las declaraciones de derechos, para él el hombre nace libre e igual en derechos, es hijo de Rousseau. Toda su obra puede ser leída como una denuncia de la incompletitud, e incluso de la negación, de la libertad en cuanto el hombre se convierte en fuerza de trabajo en el modo de producción de la burguesía; toda la obra marxiana puede leerse como la revelación de la sustancial desigualdad entre los sujetos que se da en el "contrato" entre capital y trabajo. Es la toma de conciencia de lo que conduce necesariamente al desposeído de sí, al alienado, a verse como "clase", al antagonismo y a la revolución.

Para Marx esto era evidente, creo. Para nosotros, en 1998, ya no es así. También nosotros estamos condicionados históricamente. En la ideología de este fin de siglo, que el hombre sea una mercancía, que su trabajo material e inmaterial sea una mercancía, es una cosa interiorizada. La inactualidad del *Manifiesto* de 1848 se encuentra toda aquí y nos devuelve no a Marx sino a nosotros las interrogaciones de fondo sobre la naturaleza del mundo en el que vivimos.

Indice

Prefacio de F. Engels a la edición italiana de 1893.....	3
Manifiesto del Partido Comunista.....	5
I Burgueses y Proletarios.....	5
II Proletarios y comunistas.....	15
III Literatura socialista y comunista.....	22
1. El socialismo reaccionario.....	22
a) El socialismo feudal.....	22
b) El socialismo pequeño burgués.....	24
c) El socialismo alemán o socialismo "verdadero".....	25
2. El socialismo conservador o burgués.....	27
3. El socialismo y el comunismo crítico-utópicos.....	28
IV Actitud de los comunistas respecto de los diferentes	
Partidos de oposición.....:	31
 El Manifiesto Comunista. Eric Hobsbawm.....	33
 Mundialización e internacionalismo: actualidad	
del Manifiesto Comunista. Michael Lowy.....	50
 Notas sobre el Manifiesto del Partido Comunista. Rossana Rossanda	60

